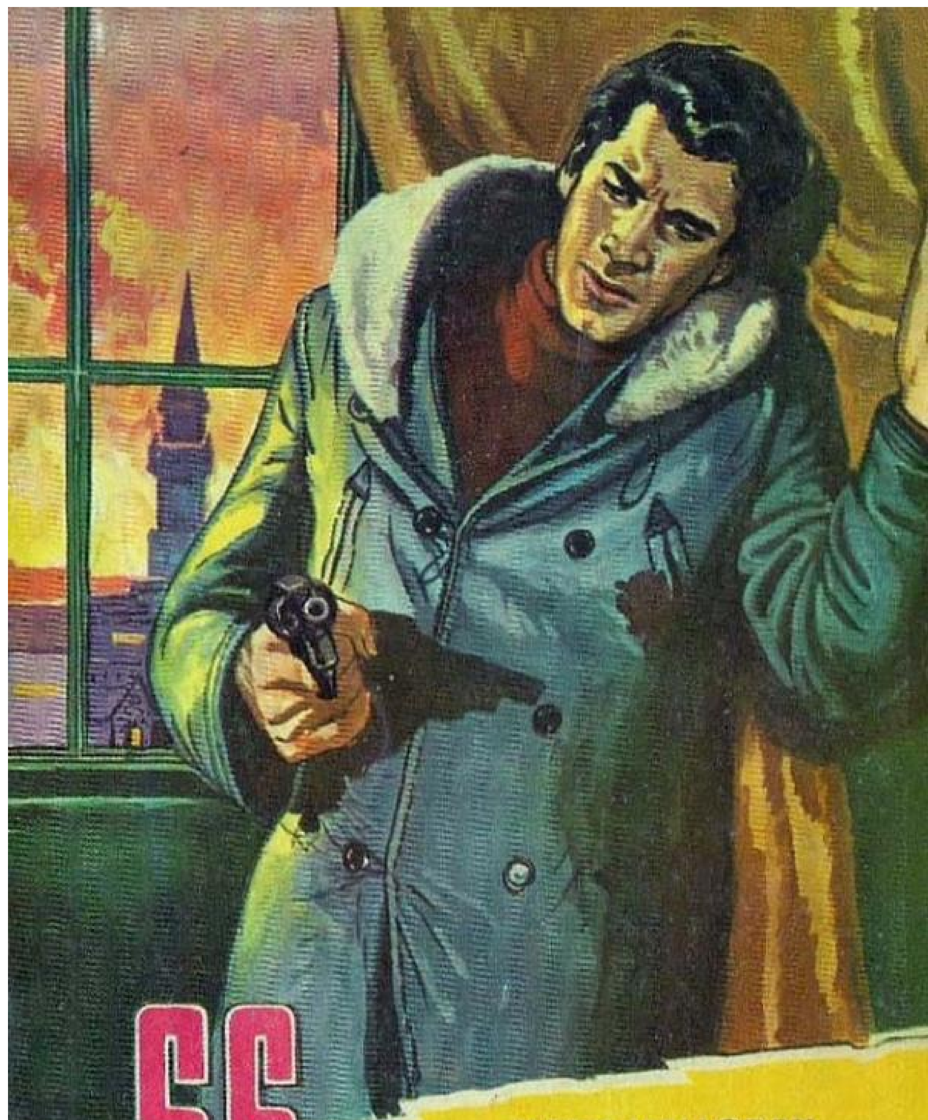
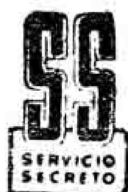

SS
SERVICIO
SECRETO
MARK HALLORAN
¡BIENVENIDA,
MUERTE!

¡BIENVENIDA, MUERTE!

MARK HALLORAN

¡BIENVENIDA, MUERTE!

1.ª EDICIÓN
MARZO - 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
313—¡Volad, insectos de plomo!

En Colección BUFALO:
21 — Rojo, color de sangre. 27 — Rastros humeantes. 61 — Ha llegado un hombre.

En Colección SERVICIO SECRETO:
85 — Cita con la muerte. 120 — Morir es muy fácil. 183 — Requiem por Nan. 186 — Llega la muerte. 189 — Los «gangsters» mueren jóvenes. 191 — Una rubia en París. 206 — Cota 30. 223 — La hora de los traidores. 232 — Opio fresco.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 3 - Barcelona



LA ESPERA

1

Ahora que sabía que iba a morir en aquel lejano mundo sucio, frío y sin gracia, el hombre que se hacía llamar Lichtwitz dedicó un fugaz pensamiento a su madre, otro a su patria y otro a Dios. De sus cinco enemigos, el de cabello rapado estaba bajando peldaño a peldaño la escalera. A los cuatro restantes no se les veía. Sin duda irrumpirían en cualquier momento por detrás, por la ventana, y entonces el drama habría terminado.

Lichtwitz se oprimió con una mano la herida del pecho, y con la otra enderezó la pistola. El hombre de cabello rapado debía de suponerle agonizante, pues casi había renunciado a tomar precauciones. Lichtwitz sonrió. El cañón de su automática apuntó al centro de la ancha cabeza gris. Apretó el gatillo, sonó el disparo y el hombre produjo un gran ruido de pataleo al caerse.

Después, nada. Lejos, una mujer dijo en ruso que los traidores eran esto y aquello. Lichtwitz volvió a sonreír. ¡Traidores! La palabra tenía un eco musical. Se puso a repetirla interiormente; traidores... traidores... traidores... Un eco musical, como si estuviera cantándola Frankie Lane. Una luz se encendía y se apagaba sobre un rótulo que rezaba «Tropical Club». Más allá de las palmeras, en la playa, un grupo de muchachas se bañaba a la luz de la luna.

¡Dios, qué mala suerte!

¿Dónde se ocultarían los cuatro hombres restantes?

Lichtwitz intentó retroceder, pero no pudo y no se sorprendió de ello.

Sabía de heridas lo suficiente para haber comprendido que la de su pecho era mortal. Minuto a minuto iba quedándose sin sangre.

¡Qué mala suerte, haber caído en una trampa así! En aquel momento, a miles de kilómetros, la gente bailaría en el «Tropical Club». Estaría allí Zena Whitney, la chica más bonita de Miami, y también Lou Keller, el millonario que rompía a llorar a la sexta copa, y Dick Jordan, que parecía un príncipe exilado y era un vendedor de estupefacientes...

Lichtwitz sintió náuseas. El olor de su propia sangre se mezclaba al que llegaba en oleadas de las contiguas letrinas. La casa entera olía a letrinas: la casa y sus habitantes. Al visitar a Penkoff, fue esto lo primero que había pensado.

A Penkoff le visitó después de fracasar con Kowarski. El mensaje cifrado lo especificaba de este modo, o por lo menos de este modo lo había interpretado él. Kowarski era el más asequible. El mensaje usaba esta misma palabra: asequible. A la quinta vez de haberlo leído, cuando lo destruyó, Lichtwitz se lo sabía ya de memoria:

> «Ludwig Heim declara conocer a dos de los posibles elementos relacionados en el fichero del coronel Müller; Uno es Igor Stefanovitch Kowarski, ingeniero-jefe en 1947 de la Oficina Técnica del Aluminio, soltero, aficionado, a la música y a la bebida. Residencia ignorada. Suele frecuentar el Centro Intelectual de la Avenida Boldyrev, donde se celebran conciertos y conferencias. Resultará asequible. Es un alcohólico, un decadente. No el tipo que traiciona por servir un ideal, sino el que lo hace por falta de ideales. Ocupa una posición destacada en la industria y no es anticomunista, pero vendería a su madre si le garantizaban una borrachera diaria de buen champaña en París. El otro elemento es Mihail Mihailovitch Penkoff, tornero de primera clase, casado, dos hijos muertos en la guerra. Reside en el bloque de viviendas de la Starkenskoye Ussawa, a cinco kilómetros de Moscú. Viejo militante del Partido, para quien la muerte de sus hijos significó un golpe terrible, se ha convertido en un feroz desengañado. Cree que el Estado no le ha recompensado como merecía y que sus sufrimientos fueron inútiles, pues termina sus días amarrado a un torno, solo, sin vislumbrar el paraíso que le prometieron en su juventud. Establezca contacto con ambos... Intentamos recobrar el archivo de Müller si existe todavía. Si no existe, procure usted reconstruirlo partiendo de Penkoff y Kowarski. Número Doce saldrá pronto hacia Moscú para operar en otra dirección. Saludos. —GRAY».

Ahora que se sabía a punto de morir, ahora que todo había fallado, Lichtwitz se preguntó si habría cometido algún error. No, eso sí que no.

Moría con la conciencia muy tranquila. Fue solo mala suerte. Kowarski y Penkoff habían cambiado mucho desde la época en que Ludwig Heim los conoció, y en esto radicaba el origen del desastre; pero igual hubieran podido ser los mismos e igual hubieran podido las cosas salir bien.

A Kowarski le encontró enseguida. Era alto, fofo, de labios gruesos y ojos húmedos, con un mechón de pelo caído sobre la frente. Tenía cierto prestigio en el Centro Intelectual, de cuyo comité directivo formaba parte, pero, en cambio, había pasado de ingeniero-jefe en la Oficina Técnica del Aluminio a un cargo auxiliar en una factoría, con evidente pérdida de categoría profesional. Lichtwitz pensó valerse de esto para llevarle a su terreno y decidió no perder tiempo con él. Le abordó al término de una audición comentada de música de Sostakovitch y dos días después le invitaba a su casa a beber champaña de Crimea. Kowarski acudió, bebió hasta aletargarse y se quedó dormido en un sillón.

Cuando despertó, cerca de mediodía, encontró el suelo sembrado de cristales rotos, las paredes llenas de inscripciones hostiles al régimen soviético, trazadas con tinta y con su propia letra, y a Lichtwitz, ceñudo, preparando café.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó, asustado—. ¿Quién ha escrito que el Politburó es... es una camada de hijos de perra y que comunismo... significa esclavitud? ¿Quién ha hecho eso?

—Tú —dijo Litchwitz secamente. Sonreía para sus adentros al pensar con qué facilidad podía copiarse la escritura de un hombre, partiendo de las notas que llevaba en la cartera—. Estás loco, Igor. ¿Qué pretendes? ¿Hundirme, perderme, enviarme a la tumba? ¡Fui un imbécil al traerte aquí, pero te juro que no saldrás hasta que lo hayas borrado todo y me pagues los desperfectos!

Kowarski estaba mortalmente pálido.

—No recuerdo nada.

—¿No recuerdas nada? —Lichtwitz se mostraba furioso—. ¡Maldito charlatán! ¿Qué fue lo que me contaste de beber champaña legítimo en París? ¿Y del modo como podrían inutilizarse en cualquier momento las cuatro máquinas principales de tu condenada fábrica de tractores?

El ingeniero se tambaleó. Buscó una silla y dejóse caer en ella.

—Estaba borracho, Nicolás... espantosamente borracho... Olvídalo, te lo suplico. Yo lo arreglaré todo. No sabía de qué hablaba.

Lichtwitz no contestó. Cuando el café estuvo listo le dio a Kowarski una taza, que este tomó con mano temblorosa. Mientras el ingeniero bebía, anonadado, él dijo:

—¿De veras eres tan desdichado, Igor? ¿Tanto te humilla el puesto subalterno que ocupas? —Su voz se había hecho repentinamente amistosa

—. Bastó que te nombrara a ese alemán para que te disparases como un cohete…

Kowarski enderezó la cabeza.

—¿Qué alemán?

Lichtwitz se lo jugó todo a una carta: la de que Ludwig Heim, en el remoto Washington, no hubiera mentido.

—El general Heim.

La taza cayó de manos de Kowarski y se hizo añicos en el suelo.

—¿Tú nombraste a Heim?

—¡Igor!

—Te digo que no recuerdo nada.

—Igor, es imposible que no recuerdes. Hablamos de la guerra, de los oficiales capturados en Stalingrado con Von Paulus… Me explicaste que algún tiempo después habías conocido a varios de ellos. Mencioné a Heim, y era uno. Así empezaste.

El ingeniero balbució:

—¿Y luego?

—Luego me revelaste lo de tu trabajo secreto… en favor…

Rowarski se puso bruscamente en pie.

—¡Nicolás, no creas una palabra!

—¿Por qué no? Cuando te hice mi oferta, la aceptaste encantado. Estabas borracho, de acuerdo, pero no mentías. Un hombre que dice lo que tú dijiste desnuda su corazón.

El ingeniero entornó los párpados. Los ojos le ardían, y estaban tan en tensión que Lichtwitz pensó si no habría ido demasiado lejos.

—¿Tú me hiciste una oferta?

—Sí.

—¿Cuál?

—Me comprometí a sacarte de Rusia y a instalarte en París con una renta de mil dólares mensuales, a cambio de conocer nombre y señas de los componentes de la organización de sabotaje que funcionaba para los alemanes durante la guerra, y en la que figurabas tú, o nombre y señas de cuantos se avinieran a formar parte de ella ahora.

—¿Y yo acepté eso?

—Sí.

—Pero… pero… ¿para qué quieres conocer esos nombres?

Lichtwitz rio desenfadadamente.

—Igor, ¿has olvidado también que soy un agente norteamericano?

—Tú —susurró Kowarski, echándose atrás—, ¡tú, Nicolás, un espía!

—¡No seas teatral!

El ingeniero miró en torno con desesperación.

—¿Queda algo de beber? ¡Necesito un trago! ¡Por favor, nunca lo he necesitado como en este momento!

—Lo mismo dijiste anoche —replicó Lichtwitz. Fue al aparador, lo abrió y sacó la última botella de champaña—. Toma, bebe. No hay vasos, los rompiste todos para celebrar nuestro convenio.

Kowarski manipuló nerviosamente el tapón, hasta que éste saltó; bebió y se manchó lastimosamente el traje de espuma. A continuación volvió a sentarse. Estaba estupefacto, con los hombros caídos y la mirada fija en el suelo. Haciendo un esfuerzo, articuló:

—De modo que mil dólares mensuales en París…

—Y la libertad.

Hubo un largo silencio, que Lichtwitz respetó. Necesitaba que la idea se le hincara al ruso en el cerebro y madurase allí. Hasta entonces su plan había obtenido un resultado excelente.

Kowarski habló otra vez:

—¿Dije yo lo de esa organización alemana?

—Lo confirmaste. El general Heim se ha entregado en Berlín a las autoridades norteamericanas y, trasladado a Washington, ha declarado que en el Servicio de Inteligencia del VI Ejército existía un fichero a cargo del coronel Müller con la relación de una red de saboteadores que en territorio soviético operaban en favor de Alemania. Müller murió, y el fichero se ha perdido. Nosotros tratamos de recobrarlo o reconstruirlo para aprovechar lo que quede de aquella red. Será útil… si llega el caso.

—Puesto que el fichero se ha perdido, ¿cómo puedes estar seguro de que en la organización figuraba yo?

—Es el general Heim quien está seguro.

Kowarski se estremeció.

—Tengo miedo. No —levantó una mano para que Lichtwitz no le interrumpiera—, no necesito tus garantías… no me servirían de nada. Me has engañado, has jugado conmigo. ¿Qué pasará si te denuncio?

Lichtwitz se encogió desdeñosamente de hombros.

—En el mejor de los casos, que cambiarás mil dólares mensuales en París por un empleo secundario en una fábrica de tractores; en el peor… pasará que yo hablaré también. A la M. V. D. le gustará oírme.

—¡Oh —gimió el ingeniero—, esto es una asquerosa ratonera!

—En efecto, Igor. Húndeme y nos hundiremos juntos.

Kowarski se llevó la botella a la boca. Un eructo sacudió su fofo cuerpo.

—Escúchame —dijo. El alcohol empezaba a actuar aceleradamente en él—: Escúchame bien, Nicolás. Lo que me ofreces es hermoso, es tentador, pero corro un riesgo demasiado grande, y ni aunque me lo jures creeré que puedes sacarme de Rusia sin que nos suceda nada. Necesito pensar si merece la pena. Es mentira, ¿no, Nicolás?, que anoche llegáramos a un acuerdo. Son mentira muchas cosas: me he emborrachado demasiadas veces para saber lo que hago y lo que no. Dame... dame un plazo para decidir.

—No hay tiempo.

—¡Un plazo corto!

—¿Hasta esta noche?

—Bueno.

Lichtwitz se arrepintió inmediatamente de aquella concesión. Tenía ganado el noventa por ciento de la partida, pero aún cabía la posibilidad de que el ruso cambiara de idea y negociase con la policía su delación. Estaba en un país de conspiradores por temperamento, lo sabía de sobra. Todo podía frustrarse en un abrir y cerrar de ojos.

—Ven a cenar conmigo —añadió Kowarski—. Vivo en Bavinkgrado, ¿lo conoces? un arrabal... un chalet, número 20, calle Sexta... Si accedo, ¿cuándo nos iremos?

—Antes de veinticuatro horas —repuso Lichtwitz.

En cuanto el ingeniero hubo salido se aplicó por sí mismo a borrar las inscripciones de la pared. Después reunió sus pocos efectos, abandonó el departamento y, por precaución, pasó el resto del día en la calle, alerta, rehuyendo los barrios que solía frecuentar.

Al caer la noche tomó el autobús de Bavinkgrado y, en una cuadrícula de vías iguales donde residían funcionarios de cierta categoría, localizó pronto la calle Sexta. Luego el número 20. Pero nadie respondió a sus llamadas a la puerta del chalet...

Tenía ya la convicción de haber fracasado cuando forzó una ventana y entró. No se equivocaba. Con el blando rostro de color morado y la lengua fuera, Igor Stefanovitch Kowarski colgaba por el cuello de una viga. Se había suicidado.

Una nota prendida en sus ropas rezaba:

> «Me falta valor, Nicolás. Ahora no estamos en guerra. Todo es distinto, ha transcurrido demasiado tiempo. Más vale acabar con la duda para siempre».

Después de leerla, Lichtwitz maldijo su suerte.

2

El contacto con Penkoff parecía teóricamente mucho más difícil, pero en la práctica no resultó así. La Starkenskoye Ussawa mencionada en el mensaje cifrado era una enorme fábrica de material eléctrico, con colonia obrera propia: un bloque de viviendas exactamente iguales, pequeñas, obscuras, de paredes desconchadas y manchadas de humedad, mal ventiladas y mal desaguadas. El vaho de humanidad sucia le sofocaba a uno nada más acercarse. Bajo el cielo de color gris-plomo y sobre un suelo de tierra desnuda, aquella colmena cúbica, negra y maloliente producía un efecto angustioso, abrumador, como si su peso entero gravitase en el alma.

Lichtwitz visitó la colonia vistiendo un tabardo deshilachado, recios pantalones y viejas botas. Olía fuertemente a tabaco y alcohol y llevaba impresa en el rostro barbudo una vaga expresión de estupidez. Ya no era el pulcro y avispado ciudadano medio a quién Kowarski conociera en el Centro Intelectual, sino el típico peón embrutecido cuyo íntimo coeficiente de producción no le permite un nivel de vida tolerable. Cuando, después de anochecido, entró en la taberna cooperativa instalada en el patio central del bloque, apenas ninguno de los concurrentes reparó en él. Era uno más, que a nadie llamaba la atención.

Pidió vodka: vodka de alcohol de quemar y pimienta negra. Bebió a sorbitos, resoplando. La taberna apestaba a sudor agrio y pies sin lavar. Al fondo, un grupo de obreros jóvenes cantaban tristemente a media voz.

—¿No viene por aquí Mihail Mihailovitch? —preguntó Lichtwitz a su vecino de mesa.

Esperaba una acogida recelosa y no sé equivocó: una sombra de temor y desconfianza — el eterno temor y la eterna desconfianza rusos — se cernió sobre el rostro del hombre. Por unos segundos, éste le examinó atentamente. Después semejó tranquilizarse y dijo:

—No... no sé quién es.

—Mihail Mihailovitch Penkoff.

—Uh.

Lichtwitz aguardó pacientemente a que el obrero añadiera algo. Por fin:

—No viene.

—Me gustaría verle. Me dijeron que continúa trabajando aquí. —Lichtwitz se restregó las narices—: Llegué anoche de Kemstadt.

La espera fue ahora muy larga. El hombre apuró su vaso y se puso en pie.

—Escalera L, tercer piso —gruñó antes de marchar.

Lichtwitz terminó sin prisas su vodka, pagó y salió. Por contraste, el aire enrarecido del patio le pareció puro.

Pero ¡aquella mugrienta escalera L! Había en su arranque un montón de basura y, acurrucada en el primer rellano, una mujeruca que daba de mamar a su hijo. La única luz, tímida y amarilla, salía de los departamentos, diez en cada planta, con letrinas comunes. El silencio era casi absoluto: solamente, lejos, un niño lloraba...

En el tercer piso, Lichtwitz preguntó:

—¿Mihail Mihailovitch?

En una puerta no le contestaron. En otra:

—Ahí.

El quinto departamento, el más próximo a las letrinas. Su hedor obsesionaba a Lichtwitz. Hubiera jurado que hasta lo llevaba consigo la mujer que le abrió.

Esta era muy pequeña, de cuerpo deforme, con la cara enmarcada en un pañuelo negro. No abrió del todo, pero, por el hueco, a su espalda, se veía una parte de la única habitación. Un hombre leía un periódico sentado a una mesa.

—Quisiera hablar con Mihail Mihailovitch.

El hombre enderezó la cabeza. Era un viejo de los de barba espesa y pipa larga, como los antiguos mujiks. Sus ojos brillaban debajo de unas cejas hirsutas. Tenía más aire de campesino que de tornero de primera clase. Vestía un «mono» pardo, pero la blusa y las botas hubieran sido su atuendo natural.

—¿Quién eres?

—Nicolás Lichtwitz.

—No te conozco.

—Yo sí.

Penkoff titubeó. Después, desde la mesa, hizo seña a la mujer, que le miraba, de que dejara franco el paso.

—Siéntate.

En el ángulo que servía de lavabo, cocina y fregadero, ardía un pobre samovar. Sin que se lo indicasen, la mujer cogió dos tazas, las llenó de té y las depositó sobre la mesa. Luego fue a sentarse en el ángulo opuesto de la pieza, junto a la cama, donde quedó como dormida, completamente inmóvil.

Penkoff dobló su periódico. Lichtwitz advirtió que este llevaba fecha de dos días atrás.

—¿Qué quieres? No suelo recibir a extraños en mi casa.

—Te traigo saludos de un antiguo amigo.

—¿Quién?

—Ludwig Heim.

La maciza cara del ruso no expresó nada. Hubo un silencio interminable.

—¿Un extranjero?

—Un alemán.

—No le conozco.

—Pues… él dice…

—Los extranjeros tienen muy larga la lengua, camarada.

Penkoff no había perdido su aplomo, aunque lo lógico hubiera sido que lo perdiese. Mirando fijamente a Lichtwitz, tomó su taza y bebió un sorbo de infusión; emitió un ruido de chupeteo; se limpió el bigote con el dorso de la mano. Todo aquello podía ser en cierto modo un desafío, ¿o era verdadera indiferencia?

De pronto, Lichtwitz experimentó una sensación de incomodidad. Algo se había alterado en el aire, como si ahora flotasen efluvios de odio, de rencor, de pasiones ocultas. Volvió rápidamente la cabeza. Rígida en su asiento, igual que una estatua, la mujer seguía en el rincón; pero la sombra del pañuelo no disimulaba sus ojos, ¡que despedían destellos voraces!

—Dice Heim que siente por ti gran afecto —prosiguió Lichtwitz, esforzándose en conservar la calma—. La guerra se llevó a tus dos hijos, Mihail Mihailovitch, cuando tú ya te habías dado entero a la Revolución, ¿y qué te queda de tanto sacrificio? Ha sido un cruel desengaño… ha sido robarte la vida sin tiempo a que la vivieras… Ludwig Heim me habló mucho de esto, camarada. Me dijo: «Si vas a Moscú, visita a Mihail Mihailovitch, un amigo, que era tornero de primera clase en la Starkenkoye Ussawa. Está solo, todo lo ha perdido… Cuéntale lo qué ha pasado y dónde me encuentro, ayúdale y él te ayudará».

Penkoff articuló:

—No conozco a ningún extranjero.

—Puede que te equivoques —suspiró Lichtwitz. Notaba la inquietante mirada de la mujer fija en su nuca—. Ludwig Heim se, ha ido a América y es feliz. No te ha olvidado. Te ofrece por intermedio mío una, ocasión…

—No conozco a ningún extranjero —repitió el ruso.

Su tono era suave, pero terminante hasta el punto que Lichtwitz comprendió que no conseguiría de él absolutamente nada. Sin embargo, ¡tenía que conseguirlo! ¡Penkoff era su última esperanza!

—Los norteamericanos desean averiguar los nombres de cuantos hicieron algo en favor de los alemanes durante la guerra —declaró francamente—. Desean que ahora trabajéis para ellos en caso necesario. No pueden devolverte a tus hijos, camarada, pero sí reparar una parte del daño que te ha causado la Revolución. Por eso Ludwig Heim te ha recordado, ¿comprendes?

—No —respondió el ruso.

Levantó su taza de té y la apuró poco a poco con mano firme. Lichtwitz no se explicaba claramente su actitud: Penkoff ni se interesaba, ni se enojaba, ni se asustaba. ¿Le tenía realmente sin cuidado el asunto? ¿Había o no había conocido a Heim? ¿Había o no figurado en la organización del coronel Müller?

¿O acaso el desengaño y la amargura, en los años transcurridos desde entonces, habían totalmente anulado su voluntad?

Lichtwitz pensó con desesperación que su trabajo iba a sufrir una nueva demora. La terrible experiencia adquirida con Kowarski le mostraba la conveniencia de abandonar el empeño sin un resultado inmediato y positivo, así como el riesgo que correría dándole también a Penkoff un plazo para reflexionar. En Rusia no se podía dejar a los hombres solos con sus ideas. No obstante, era la única solución, el único recurso: marcharse y volver, marcharse y volver, insistir, ¡insistir! ¡Desgastar la estolidez de Mihail Mihailovitch como la lima desgasta milímetro a milímetro una barra de acero!

Lichtwitz respiró profundamente.

—Medita bien mis palabras, camarada —dijo—. No quiero que te precipites y, en el fondo; admiro tu prudencia; pero mañana, a esta hora, volveré a conocer tu decisión.

El ruso, en silencio, presenció cómo se levantaba y se dirigía a la puerta dejando intacto el té. No hizo el menor movimiento, y la mujer tampoco. Los ojos de ella ardían. Él, empero, cuando Lichtwitz había ya abierto, desplegó nuevamente su viejo periódico.

—No conozco a ningún extranjero —dijo.

Y se puso a leer.

Lichtwitz abandonó la casa con frío en el alma y el olfato impregnado de olor a letrinas.

Estaba como a cincuenta metros cuando alguien le chistó. Era la mujer de Penkoff, pequeña, grotesca, deforme, que acudía a su encuentro a paso vivo. Tenía un cierto aire de trasgo, a la media luz de los faroles que flanqueaban el camino de la colonia.

—Tú no volverás —jadeó al alcanzarle—, ¡tú no volverás nunca, traidor asqueroso!

Los ardientes ojos se salían de las órbitas.

—¿Por qué no? —preguntó Lichtwitz, desconcertado.

—¡Porque yo lo impediré! Aquello terminó, ¡terminó! ¿te enteras? Mihail Mihailovitch es un sapo, él fue culpable de que murieran nuestros hijos, él se ha hundido a sí mismo, él se vendió por un cochino puñado de rublos... Nuestros hijos lucharon por Rusia mientras él, cobardemente, la traicionaba... ¡Oh, cuando lo supe! ¡Oh, cómo le desprecié!

—¡No, no —exclamó Lichtwitz—, tú no lo comprendes! Tu marido

luchaba también por Rusia, ¡pero por una Rusia mejor! ¡Y yo he venido hoy a pedirle que luche por una Rusia libre! ¿Quién ha hablado de traición?

—¡Rusia nunca será de otro modo!

Lichtwitz se encogió de hombros. ¿Para qué discutir? No esperaba ni deseaba convencer a la mujer. En cambio, ella le había revelado sin proponérselo la causa de la enigmática conducta de Penkoff: ¡el hermetismo del viejo tornero obedecía a que tenía miedo de su esposa! ¡Esto y solo esto le había impedido hablar claro!

Era preciso encontrar un modo de entrevistarse con él sin la presencia de aquella arpía. Lo demás se daría por añadidura.

—Estás en un error —dijo Lichtwitz. Giró sobre sus talones—. Hasta mañana, camarada.

La mujer gritó todavía:

—¡Tú no volverás!

Era una amenaza. A Lichtwitz le hubiera gustado saber si tenía medios, valor y decisión para cumplirla, porque, de ocurrir así, se había consumado la catástrofe. Se hallaba ya, por otra parte, tan próximo al fracaso como al triunfo, y afrontar riesgos inútiles, resultaba una insensatez. En adelante había de obrar con extremada prudencia.

Fue esto lo que le indujo a regresar a la Starskenskoye Ussawa al mediodía siguiente y no por la noche, con ánimo de ver a Penkoff durante el almuerzo. Primera contrariedad: su propósito se frustró. No solo se le prohibió el acceso al comedor de la fábrica, sino que un guardián le expulsó de los alrededores de ésta.

Entonces optó por esperar la hora de salida. El propio Penkoff hizo inútil su espera: salió entre un grupo de obreros, pasó por delante de él, le miró y fingió no verle. Lichtwitz estuvo a punto de abordarle, pero lo pensó mejor y se quedó quieto mientras el grupo se alejaba. Si la intención de Mihail Mihailovitch era rehuirle en público, le hubiera rehuido de todos modos.

¿Rehuirle en público? ¿Era su intención rehuirle solamente en público?

Por espacio de media hora, después que el tornero hubo entrado en la escalera L. Lichtwitz permaneció contemplando el tétrico bloque de viviendas. No observó nada anormal, nada sospechoso, pero vacilaba incluso así. ¿Qué hacer? ¿Por qué decidirse? ¿Esperaba? ¿Esperaba días, semanas, meses quizá? ¿Buscaba otro camino para aproximarse a Penkoff? ¿O desafiaba el peligro, y subía a verle en aquel momento? ¿Estaría solo? ¿Se habría él equivocado atribuyendo su silencio de la víspera a la mera presencia de su esposa?

Y, sobre todo, ¿cumpliría esta su amenaza?

—¡A cara o cruz!

Lichtwitz arrojó una moneda al aire. Salió cruz. Minutos más tarde

llamaba a la puerta del departamento.

Le abrió el propio Penkoff.

—Pasa.

¡Estaba solo!

—¿Y tu esposa?

—No lo sé.

—¿Has reflexionado?

Penkoff no contestó a la pregunta. Dijo:

—¿Quieres una taza de té?

En aquel instante preciso, cuando él se dirigía al samovar y Lichtwitz, esperanzado, se sentaba a la mesa, la puerta fue abierta violentamente desde el exterior.

¡Cinco hombres armados de pistolas!

Su aire enérgico y resuelto, su modo de vestir, su mismo físico, no dejaban lugar a dudas: eran agentes de la M.V.D. La mujer de Penkoff cumplía lo prometido...

De haber sido un niño, Lichtwitz se hubiera puesto a llorar: sintió ganas; pero no, lo: era y, saltando como un tigre por encima de la mesa, sacó del interior del tabardo su propia pistola. Desde la fracción de segundo inicial supo contra quién había de hacer fuego primero. Era ya tarde para salvar su vida; no, en cambio, para salvar los secretos que poseía Penkoff, la historia, los nombres, las señas de los antiguos agentes alemanes, el archivo de Müller, la vieja organización clandestina que un día volvería a funcionar: un día, si otra guerra dividía al mundo. A Penkoff se lo harían cantar, y era imprescindible cerrarle la boca.

Le mató de un tiro en la nuca.

Esto permitió a los cinco hombres anticiparse en la acción. Sus armas rugieron, cazando en medio a Lichtwitz, que cayó y se arrastró detrás de la mesa. Desde allí respondió a los disparos. El sombrero de uno de los agentes voló y descubrió su ancha cabeza rapada. La posición, apretujados en la puerta, se les hizo a los cinco insostenible, y hubieron de retroceder. Lichtwitz quedó solo en el departamento.

Consiguió a duras penas trasladarse al umbral: estaba herido en el pecho, en el vientre, en las piernas. Acribillado. Era el fin.

Los agentes de la M.V.D. se habían retirado escaleras arriba y reinaba en la casa un silencio dramático.

Ahora que sabía que iba a morir, Lichtwitz dedicó un fugaz pensamiento a su madre, otro a su patria y otro a Dios...

3

Tal como suponía, los cuatro policías supervivientes irrumpieron en el departamento por la ventana trasera. Lichtwitz ya no podía ni salir al rellano: les hizo frente desde el suelo, con una pistola en cuyo interior solo quedaban tres proyectiles.

Uno de los proyectiles se lo incrustó al primer hombre en la cara, y el hombre cayó y derribó el samovar. Las llamas se extendieron por todas partes. Lichtwitz pensó que eran lo mismo que las llamas de un grog. ¿A quién le gustaba el grog? Ah, sí, a Jimmy Stanley, el que hacía los sucesos para el «Miami Star» y tenía una novia de piernas bonitas, ¡qué bonitas!

Los otros tres hombres no se atrevían a ponerse en evidencia. Cuando uno se decidió, Lichtwitz le atravesó el corazón de un balazo. Así, limpiamente, como le habían enseñado a tirar en West Point antes de que alguien descubriese que hablaba el ruso mejor que un nativo.

¡Uno, dos! ¡Derecha! ¡Mar!

Quedaba una bala.

¿Para quién?

Los dos últimos agentes atacaron a un tiempo... Lichtwitz experimentó una extraña satisfacción al pensar que después de apretar el gatillo quedaría en paz. Demoró el instante lo más posible. Luego, ¡qué estampido! ¡Cómo se hundió el hombre!

Y nada.

—Mamá —musitó Lichtwitz.

El quinto agente le vació encima un cargador entero. Hasta el postrer cartucho no se convenció de que aquel cuerpo achicharrado ya no iba a causar daño a nadie. Entonces le escupió.

—¡Cerdo burgués!

El escupitajo, a Nicolás Lichtwitz no podía alcanzarle.

Estaba muerto.

II

LA LLEGADA

1

El hombre que tenía a sus órdenes el ejército clandestino más poderoso de Occidente estaba sentado tras de su mesa. Frente a él, de espaldas a la puerta, otros dos personajes, de los cuales Número Doce solo conocía a uno: el coronel Monmouth. El acompañante de este era alto y corpulento, pero parecía como derrumbado, cansado, igual que si se le hubiera distendido un muelle interior. Vestía un feo traje color castaño que no le sentaba bien. En su cara se leía hastío. Apenas le brillaban los ojos, y se le curvaban hacia abajo las comisuras de la boca, en una expresión de enfermo crónico, de hombre que se aproxima día a día a la muerte.

El jefe dijo:

—Siéntese, Spencer.

Número Doce obedeció y preguntó:

—¿Quién me da un pitillo?

Se lo dio Monmouht. En la atmósfera del despacho flotaba un punto inquietante de tensión. Número Doce supuso que lo que se avecinaba iba a ser muy serio. Miró fijamente al desconocido mientras empezaba a fumar. Su aspecto no le gustó porque era el de alguien que ha sufrido demasiado.

—Esta reunión debió celebrarse hace una semana —dijo el jefe, con voz sin matices—. Es una lástima, Spencer, que no haya usted regresado hasta hoy. Le hemos buscado por todas partes.

—Tenía licencia. La primera en dos años.

—Lo sé... Una merecida licencia. Usted ha prestado valiosos servicios y ha estado siempre a la altura de lo que se le pedía, muchacho. Ya veremos ahora.

—¿Qué pasa?

—¿Ha oído hablar del general Heim?

Número Doce entornó los párpados. Señaló al desconocido con el

pulgar.

—¿Es él?

—Sí.

Monmouth intervino:

—Heim se pasó hace una semana al Berlín occidental y solicitó asilo norteamericano. Le hemos traído directamente de Alemania en avión. El hecho no es todavía público, y acaso no lo sea nunca. Depende de lo que ocurra después. Parece — Monmouth adoptó un tono mordaz—que el general ha esperado tanto tiempo a tomar su decisión porque no estaba seguro de los beneficios que obtendría junto a nosotros. ¿Es así, Heim?

El alemán se humedeció los labios con la lengua.

—Es... un modo de presentarlo —replicó, en un inglés trabajoso—. Yo fui general de las S. S. Ustedes, cuatro o cinco años atrás, me hubieran juzgado como criminal de guerra.

—Dejemos eso —dijo bruscamente el jefe—. Atiéndame, Spencer. Le resumiré la situación: todo parte del momento en que el VI Ejército alemán fue aniquilado en Stalingrado por las epidemias, la desmoralización, el frío, el hambre, la metralla rusa. Luego, como es sabido, Von Paulus se ganó la confianza de los soviets y estos le encomendaron la organización de un Ejército Rojo germano y se valieron de él como figura de propaganda; pero no es tan sabido que algunos de los componentes del Estado Mayor del VI Ejército, obligados por las circunstancias a seguir la suerte de su comandante, se aplicaron, mientras fingían doblegarse a los proyectos rusos, a montar una red de sabotaje con agentes en los principales centros de producción de armamento. Sirvió de base para ello una plantilla de elementos anticomunistas que los servicios de inteligencia del VI Ejército habían elaborado antes de la derrota, cuyo fichero estaba en manos del jefe de dichos servicios, coronel Heinrich Müller. Infortunadamente, apenas reanudada la obra, Müller murió. Su labor quedó en suspenso, y no se sabe el destino que tomó aquel fichero tan valioso; aunque hay que creer que no pasó a poder de los rusos, pues, de ser así, ciertos personajes de la industria soviética de armamentos habrían desaparecido, y en cambio continúan en su lugar — el jefe extendió persuasivamente las manos por encima de su mesa—. ¿Se da usted cuenta de la trascendencia del caso, Spencer? Ahora, años después, nosotros podemos aprovecharnos del trabajo realizado por los agentes alemanes y conseguir una lista de personas que, en el interior de la Unión Soviética, estarían probablemente dispuestas, en su mayoría, a operar en nuestro favor. El único, el pequeño problema— el jefe sonrió con helada ironía—, reside en trasladarse a Rusia, localizar el fichero del coronel Müller y recobrarlo. La solución de este problema le corresponde principalmente a usted.

Hubo un silencio.

—A mí — Número Doce expelió por la nariz dos chorros de humo—. Bueno, ¿qué más? No supondrá que voy a andar de un lado para otro de la U. R. S. S. preguntando a la gente si ha visto un viejo fichero de espías alemanes.

Monmouth murmuró algo ininteligible. El jefe respondió:

—No, el general Heim nos ha brindado algunos datos útiles para iniciar la operación. Conoce a dos de las personas que figuraban en la lista de Müller. Ambas estaban en Moscú cuando él salió de allí; las había tratado ocasionalmente. Quizá sean el hilo capaz de desenredar la madeja completa—el jefe tomó de su mesa un pliego de papel, lo dio a Monmouth y este lo pasó a Número Doce—. Ahí van nombres y circunstancias. Esos datos, tal como usted los lee, se los he remitido a Número Diez, que está viviendo en Rusia con el nombre de Nicolás Lichtwitz. En su momento, le informé que Heim se había pasado, y de lo que nos contaba de la antigua red de sabotaje. Ahora se ocupa de encontrar a los dos hombres. Usted sabe hasta qué extremo Número Diez es eficaz.

Número Doce estudió un instante el papel. Luego lo golpeó desdeñosamente con el dorso de la mano.

—Simple basura: Apuesto a que de estos dos tipos no se consigue nada. Incluso me atrevería a decir algo más si el general no hubiera de ofenderse.

Heim se agitó en su sillón. El jefe le miró y, tranquilamente, extrajo del bolsillo una pipa, procediendo a cargarla de un bote de tabaco que había sobre la mesa.

—¿Qué diría, Spencer?

—Que esos personajes no existen. En otras palabras, que el general está pagando nuestra hospitalidad con un cuento de hadas.

El alemán enrojeció ligeramente, pero esto fue todo.

—Queda un punto por determinar —dijo el jefe, después de una pausa —. Hable usted mismo, Heim.

Heim, ahora, le daba deliberadamente la espalda a Número Doce.

—El coronel Müller tenía en Stalingrado relaciones con una muchacha —declaró abruptamente—. No sé su nombre… no sé siquiera si sus relaciones continuaron después de la catástrofe… cuando salimos del campo de concentración y nos convertimos en aliados de los rusos… *Ach*, sin embargo, ella le había ayudado, ella había de conocer el secreto de todo. Lo he pensado infinidad de veces. Si el fichero de Müller no fue a manos de los soviets, y parece que no fue, existe una probabilidad de que aquella muchacha lo guardase…

—O lo destruyera —atajó Número Doce.

—O lo destruyera —asintió el general—. No lo niego.

—¿Quién era la muchacha?

—De ella lo ignoro todo, salvo que era rubia, muy bonita, muy joven, y

trabajaba en la Biblioteca Popular.

—Pero, ¿se da usted cuenta de que desde entonces han pasado más de diez años y multitud de cosas? —la voz acerada y cortante de Número Doce hería como un cuchillo—. ¡Vivimos prácticamente en otro mundo! ¡A esa muchacha pudieron condenarla por sus relaciones con Müller, pudieron matarla, pudieron enviarla a Siberia! En el mejor de los casos, ¡se habrá casado y tendrá media docena de hijos!

—Los rusos no conocían sus relaciones con Müller. Casi no las conocíamos ni nosotros. Müller era así.

—¿Se arriesgaría a jurar eso?

—No —murmuró el alemán.

—¿O a afirmar que la muchacha sigue en Stalingrado?

—Claro que no.

—¿Y bien? En Rusia hay miles de mujeres empleadas en las Bibliotecas Populares.

Heim alzó cansadamente sus ojos hacia el jefe.

—Es cuanto puedo decirles, señor Gray. Utilícenlo como mejor les convenga, Yo estoy acabado.

—¿Por qué acabado? —inquirió Número Doce.

El alemán titubeó.

—Tengo un cáncer. No he querido morir sin reparar en lo posible mis errores y gustar un poco de la libertad.

El jefe, meditabundo, chupaba su pipa. Por un momento nadie pronunció una palabra. Después:

—De acuerdo —dijo aquel—. Puede retirarse, Heim. El coronel Monmouth tiene instrucciones para cuidar de usted. Quédese, Spencer.

Monmouth y el alemán se levantaron. Número Doce aplastó su cigarrillo en el cenicero mientras se despedían.

Transcurrió todavía un minuto largo desde que los dos hombres salieron hasta que el jefe preguntó:

—¿Usted opina que ese pájaro nos engaña?

—No he fingido, señor —Número Doce se encogió de hombros—. Ludwig Heim es un mal bicho. Ascendió a general en las S. S. enviando judíos a las cámaras de gas, y fue de los primeros en ponerse con Von Paulus del lado de los rusos cuando las cosas vinieron mal dadas. Como tantos otros, no tuvo escrúpulos en saltar del nacionalsocialismo al comunismo ardiente. Ha contribuido a la organización de la Policía Popular en la Alemania roja, y yo mismo, aun sin haberme antes tropezado con él, he sido testigo allí del prestigio que gozaba. Se halará cansado de pronto, o su enfermedad le ha vuelto sentimental, o ha olido que le amenazaba una «purga», y ha decidido escapar y pedirnos asilo. Es natural que nos ofrezca algo en prenda... Pero no es natural que lo aceptemos, señor. Su historia no merece crédito alguno.

Al jefe se le había apagado la pipa. Volvió a encenderla.

—Todas esas reflexiones me las he hecho yo ya. Sin embargo, lo que Heim ha contado del coronel Müller es cierto: era el jefe de los Servicios de Inteligencia del VI Ejército, se unió a la suerte de Von Paulus después de la derrota, y a poco, con varios altos oficiales más, desapareció. Está claro que los rusos descubrieron que su afán de colaboración encubría otros propósitos.

Número Doce sacudió la cabeza.

—¿Eso qué importa? Ludwig Heim conoce el asunto por referencias indirectas. Él no pertenecía a los servicios de inteligencia y ni siquiera sabe el nombre de esa supuesta chica de Müller. Los personajes que ha citado, Kowarski y el tornero, como se llame, le han servido solamente para causar impresión.

—Entonces, ¿qué, Spencer? ¿No quiere usted ir a Moscú?

—No se trata de que yo quiera o no quiera, señor. Usted manda.

Una lucecita roja se encendió sobre el escritorio del jefe. Este movió una clavija. Una voz dijo por el teléfono interior:

—Señor, el gabinete de cifra comunica que hay para usted un mensaje urgente.

—¿De dónde procede?

—De nuestra Embajada en la U. R. S. S.

Los ojos del jefe y los de Número Doce se encontraba.

—Envíemelo.

Esperaron en silencio.

Llamaron a la puerta, entró un ordenanza y depositó sobre la mesa un sobre cerrado. El jefe lo rasgó luego que el ordenanza hubo vuelto a salir, le instintivamente se puso en pie mientras leía su contenido!

—¿Qué ocurre? —preguntó Número Doce.

La mano izquierda del jefe hacía una bola de papel con el sobre.

—Nicolás Lichtwitz ha muerto.

—¡No es posible!

—Lea.

Número Doce tomó el mensaje.

—Lo siento —dijo, cuando terminó la lectura—. Esto significa que Heim no ha mentido y que él estaba sobre la buena pista. Sobre una pista... demasiado buena, señor.

El jefe apartóse de la mesa. En su flaco y anguloso rostro se habían grabado profundes surcos. Tenía los ojos llenos de sombras.

—¿Usted conocía a ese muchacho?

—Sí.

—Era tan hábil, tan audaz y tan inteligente como pueda serlo el mejor de mis hombres. Hubiera hecho un excelente oficial de Estado Mayor, pero yo mismo le saqué de West Point cuando me enteré de que hablaba el ruso

como nuestro propio idioma. Yo, yo fui quien le metió en esto... Sé que su madre no me lo perdonará.

—Su madre es rusa, ¿no?

—De origen ruso —el jefe abrió el ropero, cogió su sombrero y se lo encasquetó maquinalmente—. Reside en Miami y Nicolás era su único hijo. No será agradable comunicarle lo que ha pasado, pero es mi obligación. Iré en persona — consultó, su reloj—. Sale un avión a la una.

Número Doce extendió la mano.

—Deséeme suerte, señor —dijo.

—¿Suerte para qué?

—Me marcho esta noche a Moscú.

Estaba pensando que, en Moscú, tenía ya por lo menos algo entrañable: la tumba de un camarada.

Y a fin de cuentas no estaría solo. Un hombre nunca está solo cuando cumple con su deber.

El jefe le estrechó la mano en silencio.

2

A Larry Spencer le despertó la voz de la azafata.

—Abróchense los cinturones. Vamos a aterrizar.

Llevaba treinta y dos horas de vuelo. La última noche, que pudo haber dedicado al descanso en el aeropuerto de Tempelhoff, perdióla en cumplir la serie interminable de requisitos necesarios para trasponer el «telón de acero». Los rusos no tenían nunca prisa cuando de cuestiones burocráticas se trataba, y entrar en territorio soviético, aun por el aire, acarreaba asombrosas complicaciones. Spencer tuvo que llenar por triplicado formularios especiales y prestar dos declaraciones juradas, a sabiendas de que, si omitía alguna cosa, por inocente que pareciese, las autoridades anularían automáticamente su visado.

Ahora, al fin, se extendía bajo sus pies el enorme paralelógramo cuya proximidad significaba el término del viaje: el aeropuerto de Moscú. En la red de pistas que lo cruzaba se veían algunos aparatos, semejantes, desde la altura, a aviones de juguete. A lo lejos, la ciudad difuminada por la bruma. Allí, en aquella borrosa mancha de edificios, estaban el cerebro y el corazón del mundo comunista. A Larry Spencer, sin saber por qué, se le antojó imposible.

Casi todos los demás pasajeros eran funcionarios soviéticos procedentes de Berlín, y no habían disimulado su curiosidad por aquel extranjero que tenía el aspecto de un joven deportista americano. Era frecuente que le mirasen a hurtadillas. Sin embargo, cada vez que Spencer intentó trabar conversación, se encontró frente al muro impenetrable de unos



—Me agrada ser yo quien se lo pida por décima vez —murmuró el oficial...

monosílabos lacónicos, aunque corteses. Mientras el aparato descendía se preguntó si sus vecinos habrían notado la vaga emoción que estaba adueñándose de su ánimo. Sonrió. Era un poco ridículo ponerse nervioso solo porque empezaba una gran aventura, marcada de antemano con el signo trágico de la muerte. Marcada o no, era una aventura nada más: un trozo de vida, como tantas.

Spencer encendió un cigarrillo.

—Está prohibido fumar durante la toma de tierra —dijo la azafata.

«Inexorable para el reglamento, como buena funcionaria», pensó él. Alzó los ojos al aviso que consignaba la orden en ruso y en alemán, y aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Perdone, encanto, no me había dado cuenta.

A los pocos instantes, el aparato se posaba suavemente en la pista. Fue abierta la portezuela y aparecieron dos policías uniformados. La azafata se colocó junto a ellos con los pasaportes preparados y, a medida que descendían los pasajeros, se los iba entregando con exasperante lentitud. Se interrumpió al llegarle el turno a Spencer.

—Tendrá que pasar por la Oficina de Extranjeros.

—¿Más papeleó, preciosa? ¿No hubo bastante en Berlín?

La azafata no se inmutó.

—El agente le acompañará.

Spencer bajó la escalerilla en compañía del guardia. La Oficina de Extranjeros estaba en un ángulo de la estación aérea.

—¿Americano? —preguntó el hombre que la atendía, examinando el pasaporte.

—¿Han olvidado consignarlo ahí?

El ruso se mostró impermeable a la ironía.

—¿Motivo del viaje?

—Vengo destinado a la Embajada de los Estados Unidos.

—¿Duración de su estancia en la U. R. S. S.?

—No depende de mí, sino del embajador.

Un individuo alto y de cara pálida, vestido de uniforme, entró en aquel momento en la oficina. El que interrogaba a Spencer sé volvió rápidamente a él y le habló en voz baja. El alto miró fijamente al americano, tomó el pasaporte y lo estudió con particular detenimiento.

Spencer esperó, resignado. La nueva inspección tanto podía significar dificultades insalvables como mera rutina. Por fin, afortunadamente, el hombre uniformado dijo:

—Sus documentos están en regla. Que su estancia en la U. R. S. S. le

sea agradable.

Mera rutina.

Nadie esperaba a Spencer en la estación aérea. Tomó el ómnibus, y durante el trayecto hasta la ciudad: permaneció sumido en sus reflexiones. Estaba en Moscú. Había dado el primer paso hacia el cumplimiento de su misión. A partir de entonces, todo era posible.

El ómnibus le dejó con su maleta en una gran plaza de edificios grises, regulares, cuyas ventanas eran como nichos de un cementerio. Junto a las oficinas de la línea aérea existía una parada de taxis, pero el americano había decidido no tomar ninguno. Cogió la maleta y miró en torno. Unos metros más allá distinguió una tabaquería. Se dirigió a ella sin vacilar, entró y pidió un paquete de cigarrillos.

Un hombre bigotudo se cruzó con él en la puerta, cuando salía. Le rozó al pasar, no fue siquiera un encontronazo.

—Perdón —murmuró Spencer.

Entonces sí tomó un taxi.

—A la Embajada de los Estados Unidos —dijo a la conductora.

Abrió el paquete de cigarrillos que había comprado y encendió uno. Luego guardó el paquete en el bolsillo, de donde extrajo un papel doblado. Lo desdobló sin denotar la menor sorpresa. El papel llevaba escritas unas palabras:

> «No hay novedad, pero eres vigilado. Procura por ahora no hablar con nadie ajeno a la Embajada».

Spencer advirtió que la mujer taxista estaba observándole por el espejo retrovisor. Le dedicó una sonrisa burlona, rompió el mensaje en pequeños fragmentos y arrojó estos por la ventanilla.

El coche se internó por calles más céntricas. Era la hora del almuerzo, la gente salía de comercios y oficinas, y Spencer pensó en Nueva York al contemplar la aglomeración en las aceras, abarrotadas de un público apresurado que caminaba sin mirar a derecha ni izquierda, empujándose sin consideraciones. Como en Nueva York, también, los automóviles se agolpaban a cada momento frente a las señales de tráfico. Allí, en la calzada, era donde mejor se percibía el frenesí característico de toda gran ciudad.

Pero Moscú no era Nueva York: de pronto, por encima de las fachadas de piedra y cristal de los modernos edificios funcionales, se dibujaron las tremendas cúpulas del Kremlin. Spencer sintió un poco de frío… Se estremeció y cerró la ventanilla, aun a sabiendas de que no era a través de ella por dónde el frío llegaba.

El mensaje que el hombre bigotudo le deslizó en el bolsillo a la puerta de la tabaquería le anunciaba que era vigilado, pero esto no tenía ningún significado particular. Cualquier extranjero, en Rusia, era vigilado con

mayor o menor discreción. Spencer sabía que, como a tantas cosas, se acostumbraría a ello con el tiempo. Pero le puso de mal humor volver la cabeza y descubrir que, en efecto un coche gris seguía pegajosamente a su taxi. Ciertamente, estaba en Moscú: la vigilancia continua y la silueta del Kremlin no dejaban lugar a dudas.

Un hombre llamado Hedges le recibió en la Embajada. Iba a ser su jefe inmediato, según las noticias que Spencer tenía de él, e ignoraba por completo la verdadera causa de su viaje.

—Le compadezco, muchacho —dijo, apoyándole una mano en el hombro—. ¿De dónde viene usted?

—De Washington.

—¿Conocía ya esto?

Spencer había estado en la U. R. S. S. cinco veces, ninguna de ellas de modo oficial. Repuso:

—No.

—Pues le garantizo que se aburrirá. ¿Casado?

—Soltero.

—Entonces se aburrirá todavía más. Apenas hay en la colonia extranjera una muchacha que merezca que la miren dos veces; y en cuanto a las moscovitas...

—Hedges chasqueó los dedos—. ¿Habla usted ruso?

Spencer lo hablaba perfectamente.

—Un ruso de escuela de párvulos —respondió.

—Bueno, procuraremos que lo pase, lo mejor posible. Mañana le presentaré al embajador. Esta noche cena conmigo. ¿Tiene alojamiento?

—No, acabo de llegar.

—Yo sé lo procuraré. ¿Cómo le llaman sus amigos?

Spencer sonrió.

—Larry.

—A mí, Buddy. Bienvenido al mundo rojo, Larry.

Aquella noche, Spencer, acompañado de Buddy Hedges, cenó en, un restaurante lujoso, frecuentado por militares, diplomáticos y altos jerarcas de la administración soviética, donde se bebía un champaña no malo del todo, se comía caviar y se bailaba a los sones de una música un tanto insulsa para oídos occidentales.

—Todo lo no ruso se considera aquí decadente, burgués y, por tanto, peligroso —le dijo su compañero—. No te sorprenda que incluso de la música de baile haya sido eliminada cualquier influencia no eslava... ¡Escucha esa cursilería! Larry, ¿no digerirías mejor con un poco de «be-bop»?

Spencer contestó que sí, aunque el «be-bop» le tenía sin cuidado.

A la mañana siguiente le recibió el embajador.

—Me han remitido desde Washington instrucciones muy concretas respecto a usted —declaró—. Confieso que no me gusta lo que está ocurriendo. Es… cómo diría yo… enviarlos a ustedes a la muerte atados de pies y manos. Rusia es un país muy difícil, Spencer, donde un paso en falso le hunde a uno irremisiblemente en el abismo. Recuerde lo que le ocurrió hace unos días a Nicolás Lichtwitz.

—Lo recuerdo perfectamente, señor.

—Desde su muerte, los servicios soviéticos de contraespionaje nos han puesto materialmente cerco. Un dedo que movamos, un dedo que se enterarán que hemos movido. Lo de Lichtwitz fue una gran desgracia, cuyas consecuencias pagaremos algún día. Parece ser qué le sorprendieron en casa de un obrero de la Starkenskoye Ussawa, a quién trataba de sonsacar. La mujer del obrero le denunció a la policía y dio cuenta detallada de lo que hablaron su marido y Lichtwitz. Debió de ser importante, a juzgar por cómo se ha agitado la M. V. D.

—Era más que importante —asintió Spencer.

Estaba repitiendo para sí las propias palabras del embajador: una gran desgracia; no solo porque Número Diez había muerto, sino porque los rusos, a través de la esposa de Penkoff, habían descubierto cuáles eran las pretensiones y cuáles los proyectos de los agentes norteamericanos. Lo peor de todo, lo más peligroso, era que, con ello, el archivo del coronel Müller salía a relucir. Sabiendo el terreno que pisaban, los hombres de la M. V. D. se lanzarían sobre su pista como lobos.

Spencer agregó:

—Nicolás Lichtwitz tuvo mala suerte.

—Llámelo mala suerte —replicó el embajador—. Comprenderá usted que todo esto dificulta extraordinariamente mi misión. Yo soy oficialmente el representante y el responsable de los intereses de nuestro país en la U. R. S. S., y sin embargo ni siquiera sé cuántos ciudadanos norteamericanos se encuentran en Rusia, viviendo bajo uno u otro disfraz. Me obligan a bailar sobre la cuerda floja, Spencer. Jamás, por ejemplo, hubiera creído que Nicolás Lichtwitz fuese un compatriota. Ahora, en cambio, lo pienso de cualquier individuo con quién me cruce en la calle…

—No es culpa mía, señor.

—Lo sé —el embajador hizo un gesto de impaciencia—. Trato solamente de exhortarle a que no me meta en ningún lío del que, luego, ni usted ni yo, ni los Estados Unidos, podamos salir. Tal como han quedado las cosas después de la muerte de Lichtwitz, lo más sensato es dejar que el metal se enfríe antes de golpearlo de nuevo.

Spencer recordó al hombre bigotudo que le diera un mensaje en la tabaquera. Dijo:

—¿Conoce usted a Joe Pilsudki?

—Sí.

—Tenía órdenes de ponerse en contacto conmigo a mi llegada. Las cumplió, pero solamente para comunicarme que no había novedad, y que los rusos estaban vigilándome. ¿Dónde puedo dar con él? Necesito verle.

—Lo ignoro. Pilsudki y el resto de ustedes no dependen de mí. Volviendo a lo que decía, Spencer...

—No es necesario insistir, señor. Estoy de acuerdo con usted. Obraré con toda la prudencia que me sea posible.

—No se trata de esto. ¿Es cierto que ha de marchar usted a Stalingrado?

—Cierto, señor.

—Muy bien, irá... —el embajador hizo una aspiración profunda — dentro de tres meses.

Spencer le miró con sorpresa.

—Señor, el caso urge.

—Precisamente porque urge; de lo contrario, serían tres años, ¿se entera?

—No comprendo.

—Usted llegó ayer a Moscú, aparentemente destinado a un puesto en esta Embajada. En el momento actual, con toda la plantilla de la M. V. D. en acción, continuar a Stalingrado es, además de inútil, suicida. Necesita un permiso para viajar. Se lo darán, ¡claro que se lo darán! Pero será para pegarse a sus talones y espiarle sin un segundo de reposo.

—Puede que sí—admitió Spencer.

—¿Puede? —repitió el embajador, con sarcasmo—. Mire, amigo, yo no tengo sobre usted autoridad efectiva, pero sí me es lícito darle un consejo, y helo aquí: pase tres meses cumpliendo con la rutina como uno más de nuestros funcionarios; no se comprometa, no vea a nadie, y menos que a nadie a Pilsudki y a los otros que haya como Pilsudki. Luego, que será en verano, obtendrá unas vacaciones. Entonces vaya a Stalingrado, si quiere. Los rusos se habrán tranquilizado y apenas le molestarán.

Spencer arrugó el entrecejo.

—Sospecho que ese consejo no puedo seguirlo.

—¿Por qué no?

—Porque la muerte de Lichtwitz ha levantado la caza y no debo arriesgarme a que los soviets descubran y cobren la pieza antes que yo.

—Si va a Stalingrado ahora, no cobrará su pieza nunca.

—Veremos —dijo Spencer.

3

Fue el criterio del más alto el que se impuso. Spencer tuvo que aguardar.

Transcurrido el plazo, el embajador cumplió lo que prometiera. Spencer, que odiaba la vida burocrática de corazón y cuyos nervios se hallaban a punto de estallar después de aquella espera interminable, acudió a despedirse de él.

—Le parecerá grotesco —dijo el embajador, arrellanado en su sillón y fumando un aromático cigarro—, pero siento de veras que se vaya. Ha hecho usted aquí un buen trabajo. Son raros los funcionarios eficientes, y Hedges, que suele mostrarse parco en elogios, le dedica términos entusiastas en todos sus informes. Si estuviera en su mano o en la mía, le retendríamos, no lo dude.

—No sea usted sarcástico, señor —repuso Spencer—. Buddy Hedges es un excelente camarada. Sin embargo, mi auténtico puesto no está aquí, y usted lo sabe.

El embajador se encogió de hombros.

—¿Por cuánto tiempo quiere su licencia?

—Ponga un mes.

—Es demasiado. Tres meses de trabajo y uno de vacaciones despertarán la curiosidad de los rusos. Pondremos dos semanas.

—Señor, me encierra usted en una ratonera.

El embajador replicó secamente:

—Creo que lo que hago es sacarle de ella. Buena suerte, Spencer. Y no se sorprenda si, antes de que llegue a Stalingrado, el comisariado soviético de Asuntos Exteriores ha dictado contra usted orden de expulsión.

Spencer necesitó seis días para gestionar y conseguir de las autoridades rusas su salvoconducto. Al séptimo, partió.

La lectura da «Pravda» le distrajo, en el tren, de la monótona contemplación de la estepa y de la no menos monótona observación de sus compañeros de departamento. En éste, cuando él andaba por las últimas líneas del tercer editorial, entró un oficial de policía a solicitar los documentos de identidad y los permisos de viaje. Spencer le entregó su pasaporte diplomático y su salvoconducto. Le extrañó un poco que el

policía se los devolviera sin apenas haberlos examinado.

—Stalingrado... Va usted lejos.

—Sí.

—¿Motivo del viaje?

—Turismo. —Spencer suspiró—. Me han hecho esa pregunta nueve veces durante la última semana.

—Me agrada ser yo quien se la haga por décima vez —murmuró el oficial—. Buenos días.

Este fue el único incidente en todo el curso del trayecto.

Al llegar a Stalingrado, Spencer tomó habitación en un hotel junto al río, y después de haberse lavado abrió las ventanas para que entrase la brisa de la tarde. Se acodó en el alféizar. El cielo estaba sereno, tenía el color azul intenso propio de los climas meridionales, no el gris acerado de Moscú. Algunas embarcaciones de pequeño tonelaje surcaban la anchurosa corriente. Los ríos que atraviesan ciudades son en todas partes tan parecidos...

Spencer encendió un cigarrillo. Junto a un río surcado también por barcazas y barquichuelos, pensó, había transcurrido su infancia; y no pocas veces el majestuoso desfile de embarcaciones, de cuyas ondas huían los peces, le había arrancado maldiciones a su padre, hombre de pipa y caña de pescar. En aquella época, Larry Spencer soñaba con ser un héroe de película y acaparar los grandes titulares de los periódicos. Años después descubriría que los verdaderos héroes no solo no aparecen en la pantalla, sino que jamás son mencionados y hasta se olvida su nombre para sustituirlo por una escueta, por una anónima cifra: Número Diez... Número Seis... Número Doce...

Al pensar en su misión, Spencer experimentó una sensación de vacío en la boca del estómago. ¿Qué habrán hecho los rusos en los tres meses últimos? La mujer de Penkoff les dio, indudablemente, una indicación muy clara de lo que los agentes americanos andaban buscando; pero, con aquella indicación, ¿habían ellos localizado ya el archivo del coronel Müller? ¿O seguían a ciegas?

Mientras tanto, tres meses se habían perdido; tres meses vacíos, grises, iguales, en los que no ocurrió nada. Spencer hubiera pagado cualquier precio por saber cómo y en qué los habría empleado el servicio soviético de contraespionaje.

Se apartó de la ventana y, para distraerse, puso en orden su equipaje. Luego, como fuera temprano todavía para cenar, decidió dar un paseo y conocer la ciudad que fue escenario de la primera gran derrota de la Wehrmacht sobre la inhóspita tierra rusa.

El hotel quedaba un poco alejado del centro, al que se podía llegar tomando un autobús. Spencer, empero, fue a pie. Así obtuvo una

perspectiva más completa de la labor de reconstrucción realizada. Los rusos se habían servido de prisioneros de guerra a los que exigieron un esfuerzo sobrehumano, un trabajo agotador. La nueva ciudad se levantó en breve plazo, pero sus calles y sus casas conservaban la huella inconfundible de tanta y tanta miseria física y espiritual como costaron.

Los edificios, en cuyos cimientos había sangre y lágrimas, presentaban un aspecto artificioso, de falsa monumentalidad: enormes cubos de piedra con ventanas rectangulares, como si Stalingrado fuera toda un vasto cuartel. Su arquitectura reflejaba rígidamente el concepto soviético del arte, para el cual el adorno es signo de burguesía y decadencia, y la fantasía y la inspiración sentimental están descartadas como síntomas de debilidad. En aquellos bloques vivían hacinados millares de personas que, en cualquier momento podían ser forzadas a abandonar su hogar y trasladadas a otros lugares sin explicaciones de ningún género.

Durante su paseo, Spencer se cruzó con algunas mujeres que le miraban entre tímidas y curiosas. Llamó su atención el hecho de que así como en Moscú las había visto frecuentemente bien vestidas, en Stalingrado parecían todas haberse servido de la misma pieza de tela. Predominaba el color gris de soldado, y el burdo tejido afeaba incluso a algunas jóvenes que de otro modo, con sus cabellos rubios y el azul de sus ojos, hubieran resultado atractivas.

Por asociación de ideas, el americano pensó en la muchacha con la cual tuvo relaciones el coronel Müller. ¿Qué habría sido de ella? Ludwig Heim la había descrito en pocas palabras: rubia, bonita, muy joven, empleada en la Biblioteca Popular. Ahora ya no sería tan joven, pero, ¿y bonita? ¿Conseguiría encontrarla con tan pobres indicaciones?...

Buscó y encontró la Biblioteca, pero ya estaba cerrada. Volvería al día siguiente.

Regresó al hotel y cenó. Después volvió a salir, a tomar una copa. Unos muchachos, poniendo en marcha la gramola automática y torturándole los oídos con los últimos éxitos de la música ligera soviética, le obligaron a abandonar el café. Se metió en un cine. Vio una película en la que un picapedrero, entre las burlas de sus camaradas, trabajaba como un condenado para producir más, y al final el Estado le daba una medalla, mientras los burlones se retiraban cabizbajos y mohínos.

Hastiado, se metió en cama. Por la mañana se dirigió a la Biblioteca. Caminaba seguro: un paso, otro, otro... Aquellos pasos, ¿a dónde le conducían?

La Biblioteca era enorme, aparatosa, más que por necesidad, pues dentro, lo que menos había eran lectores, como símbolo de la preocupación del Estado por la cultura del pueblo.

Spencer recorrió lentamente sus salas, experimentando una vaga aprensión. ¿Qué quedaba allí del mundo que se había hundido con la guerra? Nada, y menos que nada las personas. Era una locura, un desatino, era como andar a la caza de fantasmas.

La muchacha amiga de Müller era «muy joven», lo que probablemente significaría de dieciocho a veinte años. Ahora, más de diez después, estaría alrededor de los treinta. Rubia. Bonita. ¿Y qué?

Spencer examinó una a una a las bibliotecarias. Había seis. Dos, demasiado jóvenes, y demasiado viejas otras dos. De las que se hallaban en la treintena, una era morena. Con disimulo, Spencer estudió a la restante. Era rubia, en efecto, y gruesa, y usaba gafas, y tenía un aire varonil que acentuaban su cabello corto, su severo traje de color castaño, sus rasgos y sus actitudes. No era ni remotamente bonita, pero haciendo un esfuerzo de imaginación se le podían suponer ciertas gracias en su época de adolescente. Quizás había engordado después, quizá la vida la trató mal, quizá la guerra, el desengaño, la muerte de Müller, el dolor, la convirtieron en otra mujer. ¿Cómo saberlo?

Había un punto más a considerar: ¿cuál era el concepto que de la belleza femenina tenía Ludwig Heim? Cuando él llamaba bonita a una mujer, ¿en qué sentido se lo llamaba?

La bibliotecaria rubia estaba al frente de la sección de Historia. Spencer consultó el catálogo, eligió arbitrariamente un libro sobre la Revolución de Octubre y lo solicitó. Luego se limitó a sentarse y leerlo durante dos horas, pero al devolverlo, lo hizo con una sonrisa.

—Resérvemelo, por favor.

La mujer asintió, indiferente.

Spencer volvió por la tarde, con un cuaderno de notas y un plan trazado de antemano. Consultó el catálogo otra vez, seleccionando los volúmenes que trataban de la última guerra, y en particular los relativos a la campaña del recodo del Don y al asedio de la ciudad y la catástrofe del VI Ejército. La bibliografía era abundante. Con una lista de los títulos que mejor le parecieron, Spencer acudió a la mujer.

—¿Podría usted aconsejarme? Deseo hacer un estudio del papel que representó Stalingrado en la derrota alemana. ¿Por cuál de estos libros le parece que debo empezar?

Ella le miró, primero como simple lector, e inmediatamente como hombre. En sus ojos miopes bailó un destello de curiosidad. Luego tomó la

lista y la leyó.

—No sé decirle. He oído… he oído elogiar mucho esta obra… depende del aspecto de la cuestión que desee usted conocer.

Señalaba la obra con el dedo. Era «Los últimos meses de Stalingrado», del general Vassili Urkakov, publicada en 1946.

—¿Usted estaba aquí entonces? ¿Vivió personalmente la victoria?

La bibliotecaria titubeó.

—Sí.

—Debió constituir un gran espectáculo, ¿no es eso?

—Si —repitió ella, secamente—. ¿Quiere el libro?

—Bueno —asintió Spencer, con su mejor sonrisa—. Tengo también otro reservado desde esta mañana. Démelo, por favor.

Fue a sentarse no lejos del escritorio y fingió abstraerse en la lectura, tomando notas de vez en cuando. El silencio era absoluto. La sala de Historia estaba desierta, salvo por un hombrecillo de aspecto insignificante, calvo y con gafas de concha, que trabajaba ante un montón de libracos en una mesa apartada.

En dos o tres ocasiones, Spencer, que la observaba, notó que la mirada de la bibliotecaria se posaba en él, se detenía, y hasta le pareció que se hacía soñadora. Sonrió para sí. Tenía cierta experiencia de las mujeres gruesas, severas, hombrunas y con gafas. En la mayoría de ellas latía un tierno, un apasionado corazón… más tierno y apasionado por cuanto reprimía constantemente sus naturales inclinaciones.

A última hora acudió a la sala más gente. Por fin sonó el timbre que indicaba el cierre, y Spencer se levantó y devolvió los libros. Espontáneamente, la bibliotecaria le preguntó:

—¿Se los reservo?

—No, muchas gracias, he terminado. Tenía usted, razón: la obra del general Urkakov es excelente.

Spencer se retiró al hotel, cenó y se acostó casi enseguida. Estaba seguro de no haber perdido el tiempo.

Por la mañana dio un paseo, gozando del sol: visitó el Museo Militar y el de la Revolución, y tomó en ambos abundantes notas. Hasta aquel momento su sensación de libertad era absoluta y nunca se notó espiado, vigilado ni seguido. Sin embargo, no se hacía ilusiones. Unos ojos invisibles, emboscados, comprobarían todos sus movimientos. Tenía que ser así, pese a las apariencias. Spencer lo hubiera jurado, y por ello le era necesario dar a su estancia en la ciudad y a sus visitas a la biblioteca un aire de verosimilitud, lo que, esperaba conseguir con el pretexto de que estudiaba la importancia de Stalingrado en la guerra. Cualquier pretexto era bueno si los rusos se hallaban dispuestos a creérselo; si no, no era bueno ninguno.

Volvió a la biblioteca después de comer, temprano. No había nadie en

la sala de Historia, ni siquiera el hombrecillo calvo de la víspera.

—He reflexionado —dijo a la bibliotecaria —y creo que me interesa, más que el militar, el aspecto civil del asedio de la ciudad… el hecho social, humano, ¿comprende? Me gustaría escribir sobre Stalingrado la obra que no ha escrito todavía nadie.

—¿Es usted escritor?

—A ratos perdidos.

Ella pareció a punto de preguntar algo más, pero se contuvo.

—Tráigame un catálogo; intentaré ayudarle.

Spencer se lo trajo.

—Usted, cuando descanse —dijo, mientras la mujer lo examinaba—, lo que menos hará será leer. Apuesto a que odia los libros.

—Yo… no odio nada.

—¿Ha visto qué buen sol luce hoy?

—Sí.

—Es una lástima pasarse el día entre estas paredes con un tiempo tan hermoso. Ojalá fuera siempre verano, ¿verdad?

—Sí.

—¿No sale usted nunca de paseo?

La bibliotecaria demostró cierta confusión. Spencer advirtió entonces que otra persona había acudido junto al escritorio. Era el hombrecillo calvo, que esperaba pacientemente a que el diálogo terminase.

—Déjeme el número de su asiento y le enviaré los libros que desea —dijo la mujer, manoseando un poco nerviosamente las páginas del catálogo—. Tengo trabajo ahora… permítame…

Spencer le dio el número y se alejó. Recibió los libros. Pasó la tarde entera leyendo y tomando notas, únicos ocupantes de la sala él y el hombrecillo semioculto por una montaña de volúmenes; pero una vez que su mirada y la de la bibliotecaria se encontraron, ella se sonrojó. Spencer comprendió que todo iba por buen camino.

El timbre señaló la hora de cierre.

Spencer se hizo el remolón. Devolvió los libros y se entretuvo unos instantes ante la puerta. El hombre calvo, medio en pie, se afanaba por escribir algo todavía. La bibliotecaria se preparaba para salir.

El americano descendió lentamente a la calle. Esperó, preguntándose si la mujer se habría dado cuenta de que era a causa de ella por lo que esperaba: las mujeres siempre se dan cuenta de estas cosas.

Un momento después, apareció. Caminaba apresuradamente, con la vista fija en el suelo. Gruesa, varonil, desgarbada en su traje color castaño…

«Qué poca gracia tiene, la pobre», pensó Spencer.

—¿Lleva prisa? —dijo.

Ella no se detuvo.

—Mucha. Excúseme.

—¿Hay algún obstáculo a que la acompañe?

La bibliotecaria preguntó por encima del hombro:

—¿Es usted extranjero?

Él contestó indirectamente:

—Residente en Rusia. Me interesa conocer…

—Perdone, le he dicho que tengo mucha prisa.

Un autobús se había detenido en la inmediata parada. La bibliotecaria echó a correr pesadamente y lo tomó, abandonando a Spencer con la palabra en la boca.

—Ha hecho mal esperándola y abordándola en plena calle —dijo una voz suave, aflautada—. Las muchachas rusas son de una gran timidez.

El americano se volvió. El hombrecillo de la biblioteca estaba detrás de él, con una sonrisa apolillada en los labios.

—Gracias por el consejo.

—¡Oh, no tiene importancia! Usted debe ser un hombre inteligente. Hace rato que observo su interés por Varenka, y me complace. Ella no es una mujer que entre por los ojos… Me comprende, ¿no es cierto? Sólo un hombre inteligente le prestaría atención. Eso es tanto más curioso tratándose de un americano.

Spencer enarcó las cejas.

—Usted es americano —el hombre soltó una risa de conejo—. No se sorprenda… Los naturales de cada país tienen un modo de andar, de comportarse, de moverse, que es como un sello distintivo. Yo viví en América algún tiempo. Bonita tierra, pero primitiva.

Spencer comenzó automáticamente a caminar. El hombrecillo calvo se situó a su lado.

—Es raro encontrar rusos que hayan vivido en América.

—Usted quiere decir encontrarlos en Rusia.

—Sí.

—¿Por qué no? Fui formando parte de una misión cultural agregada a nuestra Embajada. Seis meses muy instructivos. Soy profesor del Instituto de Historia «Iván Polaztki», de Moscú… Historia contemporánea. Me llamo Vladimiro Zarubin.

—Larry Spencer.

—¿De dónde?

—Nací en un lugar llamado Bellevue, junto al Mississipi.

Zarubin asintió.

—Conozco el Mississipi. Impresionante.

Rompió a hablar de los grandes ríos en su relación con las grandes culturas históricas. Spencer no le interrumpió. Estaba observándole. Pensaba, divertido, que los profesores universitarios están en todo el mundo cortados por igual patrón, sea cual sea el color político de sus

ideas: siempre con sus discos científicos a punto para endosárselos al primer incauto.

Se despidieron a la puerta del hotel.

—Perdóneme, he hablado demasiado —dijo Zarubin, contrito—. Pero usted... es muy comprensivo... muy inteligente... Cuando un hombre que procede de una civilización donde se rinde culto a la superficialidad y a las cosas brillantes es capaz de interesarse por una muchacha como Varenka, es porque ha alcanzado una madurez intelectual poco común en los países occidentales. ¿A usted le gusta Rusia?

—No todo lo de Rusia —repuso Spencer, precavido.

—Exacto —asintió el hombrecillo—: no todo. Así es como se aproxima uno al auténtico corazón de un país extranjero.

Spencer se refugió en su habitación. Luego cenó, y tampoco aquella noche volvió a salir. Tenía mucho que pensar. Estaba seguro de no haber dado un paso en falso con la bibliotecaria, por más que ella le hubiera rehuido. «Las muchachas rusas son de una gran timidez». Cierto. Y a lo mejor ocurría que Zarubin se convertía en su aliado...

Pero aquella mujer, Varenka, ¿era la misma que tuvo relaciones con el coronel Müller?

5

Hacía un verano maravilloso. Las tardes caían lentas, sin agobios de temperatura, bajo un cielo de color azul purísimo. Todo respiraba placidez. La callada angustia que, a modo de eterno contrapunto, acompaña a la vida soviética, parecía dormida y como si no hubiera de despertar jamás.

Spencer, tranquila y pacienzudamente, progresaba en su trabajo. Pasaba hora tras hora en la biblioteca, tomando notas y consultando libros. Dedicaba a Varenka sus ratos de ocio. Zarubin sonreía y hablaba de las determinantes económicas en la historia de la Humanidad.

Fue el propio Zarubin quien facilitó las cosas Una tarde llevóse a Varenka y a Spencer a tomar el té en un rústico establecimiento contiguo al río. Era el primer contacto directo de la bibliotecaria y el americano fuera de las salas de lectura, después del conato frustrado que terminó con la carrera de ella en pos del autobús. La mujer se mostraba cohibida, pero el profesor, con su charla, fundió pronto el hielo.

—En los hogares de la antigua Rusia —dijo—, existían dos mal llamadas instituciones, que eran el samovar y el icono. La Revolución demostró que no eran tales instituciones, sino solamente su envoltura. Hoy han desaparecido, y sin embargo se conserva lo que llevaban dentro: el té y el sentimiento religioso. Ellos sí son una institución.

—Me sorprende oírle hablar de sentimiento religioso— repuso Spencer.

—¿Le sorprende? —Zarubin rio con un ruido como de cascajo—. No, no, el sentimiento religioso es uno de los grandes motores de la vida rusa. No confundamos. Aquí todo es mística, absolutamente todo, desde el trabajo de un peón a la política de nuestros comisarios. Lo único que hizo la Revolución fue cambiar los símbolos. Antaño, el cristianismo, el icono; ahora, el comunismo, la hoz y el martillo o el retrato del camarada Bulganin. Sigue siendo un mismo proceso sicológico, aunque causas y efectos sean diferentes…

—Eso no deja a su querida economía en demasiado buen lugar. ¿Qué pensaría Carlos Marx si le oyera?

—Carlos Marx murió hace muchísimos años —replicó Zarubin, tranquilamente. Extendió el brazo en dirección al río—. Fíjese, Varenka, ¡qué bonita puesta de sol!

Varenka dijo:

—Cuando yo era niña, a esta hora escapaba al campo para ver el cielo teñirse de rojo.

—¿Vivía en la ciudad? —preguntó Spencer.
—Sí.
—¿Aquí?
—En Rostof.
Zarubin declaró que Rostof era una población muy interesante, donde se bebía un excelente kvass. Al cabo de un rato se puso en pie.
—Tengo que irme —le guiñó un ojo a Spencer—. ¡No, no, quédense ustedes! La naturaleza es para los jóvenes, y para los jóvenes solos. Debería haber una ley que prohibiese en sitios como éste la presencia de charlatanes reumáticos. Nos veremos mañana, ¿verdad?
Se fue.
—Es un magnífico compañero —dijo Spencer, después de un silencio—. Sin él me sentiría aquí muy extraño... muy lejos de todo...
Varenka miraba al horizonte. Su rostro tenía como una luz que la hacía parecer casi hermosa.
—¿Por qué está usted en Stalingrado?
Era una pregunta casual, sin recelos. Spencer se encogió de hombros.
—No lo sé exactamente. Trabajo en Moscú, tengo dos semanas de vacaciones y he venido al sur en busca de un poco de calor. Stalingrado me gusta... hay a su alrededor una especie de leyenda... Le obsesiona a uno la idea de que el curso de la guerra cambió aquí, de que quizá, sin Stalingrado, todo hubiera sido muy diferente...
—¿Usted combatió en la guerra?
—Sí.
—¿Por qué habla siempre de eso? ¿Por qué habla siempre de una cosa ocurrida hace más de diez años?
—¿Le molesta?
—No es agradable recordarlo.
Spencer observaba atentamente a la mujer.
—Pues fueron días de triunfo para el pueblo soviético. ¿Le disgusta a usted por alguna razón personal?
—Quizá.
—¿Tuvieron la culpa los alemanes?
—Los alemanes tuvieron la culpa de todo — Varenka suspiró—. Deme un cigarrillo, por favor. Y cuénteme cosas de Moscú. Es divertido oír lo que piensan los occidentales de nuestra capital...
Spencer contó cosas de Moscú. Tenía paciencia y tiempo suficientes para vencer la reserva de la mujer; sus evasivas no le amilanaban: había ya leído en sus ojos de qué modo terminaría aquello, a poco que él se empeñase. Bajo su dura y arisca corteza, Varenka, gruesa, rígida, hombruna, era ingenua y sensible como una colegiala.
La acompañó a casa, caminando lentamente por las feas calles que, con las sombras de la noche, habían adquirido un aire de misterio.

—Usted sabe —dijo ella, al despedirse —que en Rusia está mal visto que nos relacionemos con extranjeros. Pero a mí no me importa. Le aprecio, Larry. Perdóneme si en algún momento me he mostrado brusca. No quiero que me interprete mal.

—No la interpreto mal —repuso sonriendo Spencer.

Al día siguiente, Zarubin no fue necesario. El americano y Varenka salieron de la Biblioteca juntos y pasearon cogidos del brazo por la orilla del río. Se besaron al oscurecer. Lejos, mugía la sirena de una barcaza. En el agua, temblorosas, se reflejaban las estrellas, y una brisa juguetona acariciaba las copas de los árboles.

La mujer murmuró:

—Suponía desde el principio que esto tenía que ocurrir, pero hasta ahora no he querido creerlo. Larry... no hay en el mundo otro hombre como tú.

Spencer eludía su mirada.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. He vivido lo suficiente, Larry. Sé quién soy y cómo soy; no me hago ilusiones. Mi único consuelo es que los hombres no juegan conmigo. Si uno viene a mí como tú has venido es porque me acepta íntegramente. Lo demás... no importa. Aunque tú y yo muriéramos ahora mismo, Larry. Gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por tu beso. He estado esperándolo desde que soy mujer.

Spencer encendió un cigarrillo para disimular su turbación.

—¿Eso significa que soy el primer hombre que ha habido en tu vida, Varenka? No es posible.

—Hubo otro, pero fue distinto.

—¿Hace tiempo?

—Muchos años.

—¿Quién era?

—Prefiero no hablar de él.

Spencer dijo amargamente:

—Son muchas las cosas de que no quieres hablar.

—¿Te duele?

—No lo sé. Creo que sí. Un secreto... es siempre una barrera.

Ella rió en un susurro.

—¿Qué importa una barrera más, Larry, si todo un mundo nos separa? ¿O no te das cuenta de ello? Ni tú ni yo nacimos ayer, y estamos espiritualmente tan lejos uno de otro que, por mucho empeño que pongamos, no llegaremos a entendernos nunca. Nuestro único recurso es tomarnos tal cual somos, sin profundizar; un hombre y una mujer, Larry, y basta. Si caracterizamos, si yo busco en ti a Larry Spencer, o, simplemente, a un hombre americano, y tú en mí a Varenka Emilianova Baritz, o aunque

solo sea a una mujer rusa, no encontraremos entre nosotros nada en común.

—Pero, ¿a ti no te interesa mi pasado?

—No, Larry.

—¿Ni tengo yo derecho a interesarme por el tuyo?

—¿Derecho? ¿Por qué has de tener derecho?

—No lo comprendes…

Varenka sacudió la cabeza.

—Es la primera cosa que no comprendo. Habrá otras muchas.

Spencer respiró profundamente.

—Ya veo.

Ella le asió de la mano.

—Yo no te pido nada, Larry. Con lo que me has dado me conformo. Si lo deseas… nos separamos aquí. Para siempre. Y acaso sea lo mejor.

El americano no contestó.

Más tarde, cuando regresaban a la ciudad, tuvo en dos o tres ocasiones la sensación de que eran vigilados, seguidos. Se paró a escuchar, miró en torno, pero nada confirmó sus sospechas. ¿Y por qué iba nadie a seguirles? ¿Quién se ocupaba de espiar a unos enamorados? Si desde que llegó a Stalingrado no notó nunca que la policía rusa se cuidara de él, ¿por qué habría de hacerlo ahora?

Dejó a Varenka a la puerta de su casa.

—Hasta la vista, Larry —dijo ella—. ¿O es un adiós?

Spencer pensó que, so pena de arruinar de antemano su plan, tenía que volver a besarla. No obstante, la besó sin esfuerzo, con auténtico placer, con una satisfacción un poco agria, dulce en el fondo, así como con regusto a llanto.

«Eres un tonto sentimental», se increpó luego. Estaba sorprendido.

La Varenka que acababa de estrechar entre sus brazos no era la mujer gruesa, árida, miope y de rasgos varoniles a quién conociera detrás de su escritorio de bibliotecaria, sino un ser joven, ardiente, arrebatado de pasión y de amor a la vida, nacido de ella como una mariposa de su crisálida. Había fuego en sus ojos y en sus labios, fuego en su piel, fuego en su carne firme, rotunda, cuya armonía helénica se adivinaba ahora bajo las toscas líneas del traje color castaño. Aquel milagro, pensó Spencer, lo había obrado él. Tuvo miedo de sí mismo…

6

Pasó todo un día sin verla. Después de lo ocurrido entre ellos, después del modo cómo Varenka le abrió su corazón le parecía indigno volver a la Biblioteca y reemprender la farsa de su lectura y de sus notas. Sentía vergüenza, una especie de pudor. La muchacha era demasiado sensible e inteligente para que, impunemente, se pudiese jugar con ella como él jugaba. ¿Qué fue lo que dijo el profesor Zarubin? «Cuando un hombre que procede de una civilización donde se rinde culto a la superficialidad y a las cosas brillantes es capaz de interesarse por una mujer como Varenka, es porque ha alcanzado una madurez intelectual poco común en los países occidentales». Spencer odió por un momento su misión, su trabajo, su deber. No era lo malo que se arriesgase la propia vida y se atropellasen implacablemente las de los demás: era que a veces se arriesgaba y se atropellaba algo mucho más precioso, o más exquisito; como el alma, como los sentimientos, como los sueños de una mujer superior.

No podía continuar por aquel camino. Si era noble, si era un hombre de honor, su sola conducta posible consistía en llegar a la primera ocasión hasta el fondo del problema. El coronel Müller, su archivo secreto, los agentes alemanes. Suponiendo que fuera esto lo que se ocultaba en el ignorado pasado de Varenka Emilianova, habría triunfado y no le restaría más que sacar a la muchacha del país. Suponiendo que no lo fuera, quedaría por completo a su merced. Y Varenka le amaba.

Pero, ¿era él un, hombre de honor?

El segundo día era festivo, y la Biblioteca solo abría por la mañana. Sin haber tomado del todo una decisión, Spenser acudió a la hora de cierre y esperó fuera, junto a la puerta.

En cuanto vio a Varenka, se dio cuenta del cambio en ella operado. Así, a la luz del sol, era más patente y hasta más absoluto. El traje color castaño había desaparecido. La muchacha llevaba un sencillo vestido azul pálido que realzaba la femineidad de sus formas clásicas y los altos tacones de sus zapatos prestaban una gracia nueva a su andar. Un mechón de cabello rubio le caía sobre la frente, destacando, tras de las gafas, el brillo de sus ojos. Era la misma y, no obstante, era otra. Un soplo vital semejaba haberla resucitado.

—Has vuelto —dijo.

El asió su brazo desnudo, torneado, tibio.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Era... demasiado hermoso.

Spencer rio.

—Sigue siendo hermoso, Varenka. Ayer dediqué el día a ordenar mis notas y reflexionar. Hoy lo dedico a ti. Almorzaremos juntos.

Ella le miró en silencio un instante.

—De acuerdo. Pero antes he de pasar por mi casa. Un minuto. Si hubiera estado segura de que vendrías...

—¿Qué?

—Nada. Vamos.

Fueron. Varenka no le invitó a subir. Bajó enseguida, con el rostro ligeramente arrebolado.

—Cuando quieras, Larry.

Almorzaron en un restaurante al aire libre, el mejor de la ciudad. Hablaron de esto y de aquello, sin orden, sin premeditación. Parecían descuidados, tranquilos, felices; una pareja vulgar en un mundo vulgar. Sin embargo, cada uno tenía una obsesión hincada en la mente.

Terminado el almuerzo, dieron un paseo por el parque. El aire estaba saturado de aromas veraniegos, traspasado por la rara música de las cigarras, las ranas y los pájaros. Otras parejas recorrían los senderos o descansaban en los prados, a la sombra de los árboles circunspectos y solemnes como todos los enamorados rusos.

Spencer se abandonaba a la inercia de la situación. No dijo una palabra de las muchas que tenía por decir, y de este modo fue cayendo la tarde, y la noche les sorprendió sentados en un banco, frente al lago, contemplando cómo, sobre las luces de los merenderos, se iban encendiendo una a una las estrellas. Soplaba una brisa cosquilleante, y a lo lejos, gemía un violín.

—Nunca olvidaré este día —murmuró la muchacha.

Él le estrechó la mano. Pensó que había llegado el momento de tomar una decisión. Cerró los ojos.

—Varenka... quiero que sepas una cosa.

Ella apoyó la cabeza en su hombro. Su respuesta fue firme:

—La sé, Larry.

—¿La sabes?

—La sé desde que me esperaste a la puerta de la Biblioteca y yo te dije que tenía prisa... desde antes que me besaras... Las palabras no son necesarias entre nosotros, y hoy, Larry, son menos necesarias que nunca.

Spencer se mordió los labios.

—Temo que no comprendas.

—Cállate, Larry.

—¿Por qué?

La voz de Varenka sonaba apagada, susurrante.

—Desde la última vez que nos vimos ha ocurrido algo que... que quizá lo cambie todo. No hablemos de nosotros, Larry. Será mejor. Mírame.

Él la miró a la cara, desconcertado. ¿Qué era lo que Varenka le daba a entender? ¿Aludir, veladamente a su propósito de recobrar el archivo del coronel Müller? ¿Había adivinado la verdad? ¿Cómo la adivinó, si en ningún momento dejó él que trasluciera? ¿Era hasta tal punto inteligente, hasta tal punto intuitiva?

¿Y qué había ocurrido desde la última vez que se vieron?

—Varenka...

La mujer repitió:

—Cállate.

Le besó. Spencer la sentía palpitar entre sus brazos.

—Varenka —articuló desesperadamente—, no puedes impedirme que hable. He de contarte...

—Yo primero.

—¿Tú?

—Hablarás después de oírme... si todavía quieres hacerlo. Es lo justo, Larry. ¿Recuerdas lo que te dije? Nuestro único recurso es tomarnos tal cual somos: un hombre y una mujer, nada más.

—¿Por qué he de recordar eso ahora?

—Será difícil.

—Escúchame, Varenka.

Ella movió la cabeza negativamente. De pronto, se desasió y abrió su bolso. Spencer, sorprendido, le vio extraer un sobre de regular tamaño.

—Lo he pensado bien. Esto es para ti, Larry. Te será útil, te ayudará y, en cierto modo, puede que nos ayude a los dos. Sólo quiero rogarte que no lo abras hasta que estés en el hotel.

Spencer miró el sobre. La muchacha insistió:

—Tómalo.

Era duro al tacto, aunque flexible.

—¿Qué hay aquí? ¿Por qué ese misterio?

Varenka se puso en pie. Detrás de las gafas centelleaban sus ojos.

—Vamos a alquilar un bote. Será hermoso navegar por el lago cuando salga la luna.

Él no supo qué contestar. Le parecía vivir una pesadilla, una especie de alucinación en la cual los seres vivos y los objetos no eran nunca lo que se esperaba que fuesen. El mismo parque, las luces que bordeaban el lago, las estrellas, todo tenía un aire de irrealidad. Se maldijo por no ser capaz de sobreponerse a aquella absurda sensación, de conseguir que las cosas discurrieran por sus cauces normales, de ahuyentar los equívocos que, como fantasmas, se estaban levantando en torno.

Cuando se dio cuenta, ya Varenka le conducía por un camino de grava

a un embarcadero disimulado entre las frondas. Instantes después, le habían alquilado un bote al hombre que lo atendía, y Spencer se encontraba bogando lago adentro.

—Yo amo a Rusia y amo el comunismo —dijo la muchacha.

Estaban en el centro del estanque. Otras embarcaciones de diversos tamaños se distinguían apenas a su alrededor, como manchas de sombra en el agua obscura…

Spencer recogió los remos, y esperó a que Varenka continuase. Notaba en el bolsillo el sobre que ella le había dado, y se preguntó de nuevo qué significaría y qué significarían las palabras que la muchacha acababa de pronunciar.

—Nuestra patria y nuestras ideas, Larry, son una parte de nosotros mismos, una parte tan vital que no podemos arrancárnosla y seguir viviendo. Si tú me quieres, me has de querer, no aunque sea rusa y comunista, sino porque soy rusa y comunista. Desearía que comprendieras esto perfectamente, como lo he comprendido yo. Mi cariño, ¿sabes, Larry? está por encima de la distancia que nos separa... pues la distancia... cómo lo diría... la distancia también eres tú. Quizá a un americano le resulte imposible pensar de este modo. Sin embargo, si lo nuestro ha de proseguir, es necesario de una vez para siempre afrontar cara a cara los hechos.

—No creo haberlo negado —repuso él, maquinalmente—. Hemos de ser solamente un hombre y una mujer, tú lo has dicho.

—Pero tengo miedo.

Spencer hubiera querido gritar: «¡Basta!».

—¿Miedo? —repitió.

—Miedo de tus reservas mentales, de los prejuicios con que has venido a Rusia, de los lazos que te atan al mundo capitalista. Larry, ¿por qué te has acercado a mí? ¿Cuánto durarán nuestras relaciones?

«El plazo mínimo que necesite para asegurarme de que tú eres la mujer que conoció al coronel Müller», pensó Spenser. Y dijo:

—No lo sé.

—Tú regresarás a los Estados Unidos algún día.

—Supongo.

—Y si de veras me amas, desearás que te acompañe.

—Varenka...

—Déjame concluir. Yo no te acompañaré a América, Larry. —La muchacha hablaba rápida y nerviosamente—. Este es mi lugar, el único lugar sobre la tierra en que soy yo misma. Y no quiero ser otra. Ni puedo. Por tanto, si hemos de seguir, ¡quédate en Rusia para siempre! Quédate en Rusia, Larry, y casémonos o no volvamos a vernos nunca más. Esto es lo que debía decirte antes de que fuera demasiado tarde.

Spencer sintió que una extraña inquietud se apoderaba de él.

—¿Y tienes idea... tienes la más remota idea de lo que debía decirte yo?

—Se lee en tu rostro.

—¿Qué es?

—Ibas a pedirme que fuera tu esposa.

“¡Maldita ilusa! —pensó él—. ¡Maldita ingenua, y maldito estúpido yo

por andar con tantas contemplaciones!»

—Entonces, ¿qué hay en el sobre que me has dado?

Varenka se inclinó y le tomó ambas manos entre las suyas.

—Mañana me marcho a Odessa, Larry. Ayer recibí la comunicación. Mi trabajo aquí ha terminado. Ha vuelto la compañera a quién substituía en su período de vacaciones y en Odessa continuaré mis prácticas.

—¿Tus prácticas de qué?

—De bibliotecaria. Las necesito, para conseguir el título. Larry, he pensado que la ocasión se presta a que reflexionemos un poco. Es quizá... un impulso romántico, pero confío en que lo que hay en el sobre te ayude a decidir. Aguarda unos días. Luego, si optas por quedarte en Rusia y conmigo, ven a Odessa. De lo contrario... no nos veremos más. Y yo no te recriminaré si no vienes, te lo juro. Me has dado más de lo que esperaba de la vida, de lo que esperaba de los hombres, de lo que...

Spencer no la escuchaba.

—¿Tú no eres bibliotecaria titular?

—Me preparo para serlo.

—¿Desde cuándo?

—Hace tres años.

—¿Qué eras antes?

—Mecanógrafa en el Comisariado del Vidrio.

—¿No trabajaste en la Biblioteca Popular durante la guerra?

—No, Larry. Pero atiéndeme...

—¿Vivías entonces en Stalingrado?

—Sí. ¿Qué te ocurre, Larry?

—Nada —dijo amargamente él—. Me confesaste una vez que ha habido otro hombre en tu vida. ¿Fue acaso un militar alemán?

Varenka dio un respingo.

—¡Un militar alemán! ¡Oh, no! ¿Estás loco?

—Sí—. Spenser empuñó los remos—. Estoy loco.

Había perdido miserablemente el tiempo, y encima, causado un daño irreparable. Pudo preverlo, debió preverlo, pero en el fondo, no era culpa suya. Había sido una insensatez enviarle a Stalingrado como le enviaron, en pos de una mujer que, diez años antes, fue una joven bibliotecaria rubia y bonita. Una mujer que ni siquiera existiría ya, y que acaso nunca existió sino en la fantasía del ex general Heim. Una locura, ¡una auténtica y soberana locura!

«He estado loco, ya lo creo que he estado loco. De remate».

—¡Cuidado! —gritó súbitamente Varenka.

El inesperado y angustioso aviso llegó tarde. Al pronto, Spencer no comprendió del todo lo que sucedía. Un choque violento, un vaivén del bote... Perdió el equilibrio. Luego, cuando se encontró en el agua, se dio cuenta de que otra embarcación los había abordado.

Nadó unas brazadas.
—¡Varenka!
—¡Aquí!
La muchacha se sostenía asida a la quilla del bote, que flotaba invertido. Los tripulantes de uno de los más próximos, advertidos del naufragio, acudían bogando aceleradamente. Sin embargo —Spencer frunció el entrecejo —un tercer bote se alejaba con celeridad mayor aún. Era solo una sombra. Si ocasionó el pequeño desastre, ¿por qué huía? ¿Indicaba así que el abordaje fue intencionado?
—¡Buen chapuzón, hermanitos!
El hombre y la mujer que los auxiliaron sonreían. Spencer ayudó a Varenka a subir a bordo, y a continuación se izó él. Le dieron un pañuelo, con el cual se secó el rostro.
—Se os remojó el idilio, ¿verdad?
Varenka, chorreando agua, se había quitado las gafas y se ocupaba de ordenar sus revueltos cabellos. Su mirada encontró la de Spencer. Cada uno observó el estado lastimoso del otro, y, repentinamente, ambos rompieron a reír. La pareja les hizo eco sin vacilar.
Algo, no obstante, enfrió su hilaridad en cuanto llegaron a tierra: dos policías uniformados y un paisano de cara de perro les aguardaban en la orilla.
El paisano dijo ásperamente:
—Tendrán que acompañarnos. Está prohibido bañarse en el lago.
Varenka ahogó una exclamación de incredulidad, e inmediatamente balbució una protesta. Spencer, en cambio, no contestó nada. Aquel hombre sabía muy bien que no se habían «bañado en el lago». Era un pretexto y un pretexto estrechamente relacionado, sin duda, con el bote misterioso que se alejó en las tinieblas después de hacer zozobrar su embarcación.
Pero, ¿un pretexto para qué?
Fueron conducidos al puesto de policía del parqué y allí separados. El hombre de cara de perro se quedó junto a Spencer.
—Entregue sus ropas —ordenó—. Se las devolverán secas. Mientras, póngase esto.
«Esto», era un viejo albornoz.
—¿Es grave el delito? —preguntó el americano—. Soy un diplomático extranjero, como verá por mi documentación, y desearía, caso de que la detención resultara muy larga, advertir al embajador de mi país…
Una sonrisa de burla se deslizó por el duro rostro del hombre.
—No tiene importancia. Tranquilícese. Fume un cigarrillo.
Spencer fumó seis cigarrillos, solo en una pequeña oficina, envuelto en el albornoz. Le hubiera gustado saber qué trato recibía Varenka y si como él, había sido obligada a desnudarse delante de un guardián. Pero no

necesitaba tranquilizarse, porque desde el comienzo estaba tranquilo. Con Varenka se había equivocado. Ahora, fueran cuales fuesen sus propósitos, aquellos policías se equivocaban con los dos.

Después, regresó el hombre de cara de perro, con sus ropas.

—Puede marcharse. Está usted libre.

Spencer se vistió. La ropa había sido secada y planchada, se la notaba todavía caliente.

—¿Y la joven que me acompañaba?

—No se preocupe de ella.

El tono del hombre le produjo a Spencer un escalofrío.

—¿Qué quiere decir?

—Únicamente lo que digo. Es posible que a la camarada Baritz la retengan unas pesquisas rutinarias. Un coche le conducirá a usted al hotel.

—No me iré de aquí sin esa joven.

—Sí se irá —replicó el hombre, entre dientes—. Es usted norteamericano… Siempre he admirado el sentido práctico de sus compatriotas.

Spencer sabía que era inútil resistir. Por otra parte, a Varenka no podían acusarla de nada, salvo de tener contactos con un extranjero. Se encogió de hombros.

Cuando estuvo en el coche, sin custodia, pero con un agente de policía al volante, sacó del bolsillo el sobre que la muchacha le había dado.

Estaba abierto. El agua del lago pudo haberle despegado la solapa, aunque, en su fuero interno, Spencer se hallaba convencido de que no fue así. Veía ya muy claro el asunto: la burda farsa del abordaje, la detención y el secado de su ropa, tenía una sola causa y la causa era el sobre. Alguien, el cauto espía de la M. V. D. cuya vigilancia no le habría probablemente abandonado desde que dejó Moscú, presenció cómo se lo entregaba Varenka. Quiso conocer su contenido. Esto lo explicaba todo.

El sobre contenía una fotografía de la muchacha con una palabra a modo de dedicatoria. La palabra era: «Ven». Para los agentes rusos no debió significar nada. Para Spencer significaba demasiado.

Rompió la foto en pequeños pedazos y fue arrojándolos uno a uno por la ventanilla. Pensó que era como arrojar los pedazos del corazón de una mujer fea, gruesa, miope y sin gracia, a quién quizá un día hubiera amado y a la que ya nunca volvería a ver.

III

LA BIENVENIDA

1

Fue de nuevo el profesor Zarubin quien, indirectamente, facilitó las cosas. Spencer le encontró por casualidad, en la calle.

—Hace ya tres días que no aparece usted por la Biblioteca —le dijo efusivamente el hombrecillo—. ¿Qué pasa? ¿Ha dejado de interesarse por lo de Stalingrado y la guerra? ¿O era Varenka la verdadera causa de su interés? A propósito, ¡qué excelente muchacha! ¿Tiene usted noticias suyas?

—Ninguna. Me dijo que se marchaba a Odessa, pero no sé nada más.

—¿Por qué no tomamos una copa juntos?

Tomaron una copa juntos.

—La mujer —explicó Zarubin, con su característico entusiasmo — es el camino natural para llegar a la entraña de un pueblo. Celebro, amigo mío, que si desea usted conocer Rusia, cultive el trato de nuestras mujeres. Ellas son un poco suelo, un poco tierra, ¿comprende? Mientras que nosotros, los hombres, somos más bien civilización. Es decir, corteza, superficie, o sea, accidente. En Rusia y a criterio de un occidental, los hombres resultamos hasta convencionales. Ustedes llaman civilización a un curioso sistema moral compuesto de honor, religión, justicia y caridad, y como nosotros hemos excluido todo eso, ¿qué nos queda? En cambio, las mujeres, ¡ah, las mujeres! ¡Qué tesoro de instintos, de vida, de tradiciones inconscientes! ¡Qué profundas raíces hundidas en el pasado y qué frondosas ramas tendidas hacia el porvenir! Los hombres duramos un instante, querido amigo, pero ellas son la propia eternidad, la eternidad nuestra, la de ustedes, la de cada país y cada raza...

—A veces me sorprende que sea usted un bolchevique —dijo Spenser.

—¿Por qué?

—¿Cómo declara que de la civilización rusa se han excluido el honor, la religión, la caridad y la justicia? Toda su propaganda se esfuerza precisamente en demostrar lo contrario.

Zarubin rio picarescamente.

—Es propaganda para pazguatos, amigo mío, y yo me permito

concederle a usted un mínimo de inteligencia, de comprensión, de madurez. Pues claro que hemos excluido de Rusia esas que ustedes llaman virtudes, no faltaría más. En cuanto a ser bolchevique o no serlo, nada tiene que ver con declararlo. Simplemente, un bolchevique cree que suprimir ciertos viejos prejuicios es un beneficio para la sociedad. —Alzó la copa y, sin transición, exclamó: —¡Brindemos por Olga! ¡Vamos!

Spencer le miró con sorpresa.

—¿Quién es Olga?

—Una muchacha a quién debe usted conocer. Inteligente y sensible como Varenka, pero mucho, muchísimo más bonita. ¡Qué preciosidad! ¿Cuándo volverá usted a la biblioteca?

—¿He de conocerla allí?

—Sí.

—¿Acaso es la titular del cargo que Varenka desempeñaba?

—¡Sí!

Spencer, pensativo, dijo:

—Iré esta tarde.

Fué.

Se quedó atónito. Un profesor comunista de Historia no tenía por qué emitir juicios exactos en materia de belleza femenina, pero Zarubin había sido de una fidelidad asombrosa. La muchacha que ocupaba el puesto de Varenka detrás del escritorio era rubia, delicada como una porcelana, y al mismo tiempo vibrante, tensa toda ella, como si viviera cada segundo con avidez. Vestía una ligera blusa blanca sin mangas, de largo escote en V, que le daba, entre los obscuros rimeros de libros, el aspecto de una flor recién abierta. Por debajo de su fina piel se adivinaba la sangre circulando a chorros, caliente y roja. Tenía ojos azules, más bien soñadores, aunque con una chispa de maliciosa alerta en el fondo. Y unos labios encendidos, suaves, expresivos y frescos, que por sí solos atraían la vista y producían un íntimo cosquilleo de placer.

Spencer no atinó a calcular su edad. ¿Veinte años? ¿Veinticinco? ¿Treinta? Fuera cual fuese, estaba en la plenitud de su sazón, en lo mejor de su juventud y de su vida. Era extraordinario, casi doloroso que su atractivo se malograse allí, entre aquellas paredes sombrías, en una atmósfera que olía a papel viejo, a cuero, a polvo, a nada.

Ella dijo:

—¿Qué desea usted?

Spencer carraspeó.

—Perdóneme, estaba distraído. Tenía reservado un libro... «Nuestro pueblo y nuestra guerra». ¿Sigue ahí?

—Lo siento, anulé todas las reservas al hacerme cargo de la sección. Habrá de extender una nueva solicitud.

—Sí —murmuró el americano—. Con mucho gusto.

Llenó el impreso y cuando fue a sentarse, pasó junto al profesor Zarubin, quien le guiñó un ojo desde detrás de un montón de librotes. Zarubin había llamado a la muchacha «preciosidad», y Ludwig Heim dijo de la amiga del coronel Müller que era «muy bonita». ¿Se refirieron ambos a la misma persona? ¿Estaba él, por fin, sobre la pista del archivo secreto? ¿Existía, algún indicio que lo confirmase?

No, ninguno. Mientras esperaba a que le trajeran el libro pedido, Spencer se oprimió las sienes con las manos. Se disponía a cometer la estupidez que anteriormente cometiera con Varenka, pero, ¿qué otro recurso le quedaba? Había perdido una semana de sus vacaciones, y su única esperanza era que la antigua amiga del coronel Müller continuase empleada en la Biblioteca Popular de Stalingrado. Con esta esperanza se le había ya enviado desde los Estados Unidos.

Si no era así, el proyecto de recobrar el archivo habría fracasado. Entraba todavía en lo posible que los hombres de la M. V. D. le tendieran una trampa y perdiera la vida, pero ¿qué? Nada, nada más.

Tenía que empezar otra vez. Aproximarse a Olga como lo hizo con Varenka, ganarse su confianza, preguntar, tantear, deducir. Todos sus esfuerzos habían sido hasta entonces inútiles. Tiempo y energías —y otras cosas mucho más entrañables que tiempo y energías —arrojados por la ventana de una remota probabilidad. Ahora, con Olga, el trabajo resultaría infinitamente más difícil. Bastaba verla para adivinarlo. Porque Olga era toda una mujer, cuya belleza le habría atraído los hombres en rebaño, y Varenka era solo una adolescente de cuerpo maduro, asida a un ingenuo concepto del amor.

Spencer hojeó distraídamente su libro. Y de pronto se le ocurrió una idea. La muchacha del coronel Müller, ¿en qué idioma se habría entendido con éste? ¿En ruso? ¿En alemán?

Sonrió. Aunque lo parecía, no era una idea tonta.

Zarubin se le unió después de sonar la señal de cierre. Descendieron juntos a la calle, Spencer encendiendo un cigarrillo, y el profesor limpiando los cristales de sus gafas.

—Bueno, ¿qué le ha parecido?

—Excepcional —concedió el americano—, aunque, de momento, tan fría y distante como al principio se mostró Varenka.

Zarubin se caló las gafas cuidadosamente.

—¿El interés de usted por Varenka era sincero de verdad?

—¿A qué viene eso?

—También podría ser una especie de manía amorosa. —El profesor ahogó una risita—. La manía de llegar a las mujeres a través de los libros. Las bibliotecas son lugares propicios al romance. ¡Oh, sí, amigo mío, lo sé! ¡Yo he sido un ratón de biblioteca toda mi vida!

Spencer se había detenido junto a la puerta.

—No me he preocupado de analizarlo.

Zarubin miró atrás.

—¿Espera a Olga?

—Quizá viene.

—Ahí viene.

La muchacha, efectivamente, salía en aquel momento a la calle. Vista de cuerpo entero, de pie y caminando, su figura cobraba nuevos valores: gallardía, gracia, donaire y el poco de afectación imprescindible para que su modo de moverse no pasara inadvertido. Esto, se dijo Spencer, denotaba cierta experiencia, la clase de experiencia que solo se adquiría con los años. ¿Cuántos tendría aquella mujer? ¿Treinta, como correspondía a la muchacha de Müller? ¿Menos?

Olga atravesó resueltamente la acera, sin una mirada para los dos hombres. Entonces descubrió Spencer que junto al bordillo se hallaba estacionado un coche militar, de color gris, cuyo volante empuñaba un soldado. Un individuo uniformado —perfil duro bajo la visera de la gorra —ocupaba el asiento trasero. Al instante, este individuo se inclinó para abrir la portezuela, y la joven subió y se sentó junto a él. El coche gris se puso en marcha.

Zarubin emitió su cascada risa.

—¡Qué contrariedad! ¡Parece que el camino no está expedito!

Spencer fumaba, ceñudo.

—¿Quién es ese oficial?

—Lo ignoro.

—¿Sabe usted algo de la chica? ¿La conoce bien?

—¿Bien? La he visto por primera vez ahora, cuando sustituyó a Varenka.

—Pero ¿no es ella la titular del puesto? ¿Y no vive usted en Stalingrado?

—¡Mi querido amigo! Yo vivo en Moscú, soy profesor del Instituto «Ivan Polaztki». Me encuentro aquí temporalmente, aprovechando mis vacaciones para una pequeña investigación.

Spencer asintió.

Lo que comprendía era que Olga se había situado de sopetón completamente fuera de su alcance. Si era la novia, la esposa o la amante de un militar soviético, adiós contacto. En aquel momento hubiera dado cualquier cosa a cambio de que ella fuera un corazón solitario y una mujer fea, gruesa, miope y desgarbada como Varenka, como la Varenka que corrió tímidamente a un autobús cuando él la abordó en aquel mismo lugar.

Al día siguiente y al otro, el coche gris aguardó puntualmente a la puerta de la Biblioteca. Spencer sacó en consecuencia que su insistencia era inútil y que se imponía un rápido cambio de táctica. La situación tenía

tres posibilidades: primera, Olga no era la antigua amiga del coronel Müller, por lo que las tácticas no servían de nada. Segunda, Olga, si era la amiga del alemán, pero había mudado de opiniones, no se prestaba a la colaboración y se corría con ella el riesgo de que denunciase lo que pasaba al militar del coche gris. Tercera, Olga poseía y entregaba el archivo del coronel Müller. Todo ello sin contar con la más que posible segura intervención de la M. V. D., que ocurriría tarde o temprano. Es decir, un treinta por ciento escaso de éxito en una perspectiva que presagiaba fracasos en todas direcciones.

Spencer decidió aguardar un día más, y si la ocasión no se presentaba, interpelar francamente a Olga en la sala de lectura. Pero la ocasión se presentó.

El tercer día no estaba el coche en la puerta.

—¿Qué prefiere, querido? —preguntó Zarubin, frotándose las manos—. ¿Le presto ayuda? ¿Le dejo solo? ¡Ah, qué deliciosa expectativa!

—Déjeme solo, por favor.

—¿Me contará luego cómo ha ido todo?

—Sí.

Cuando Olga salió, un autobús se detenía ante la biblioteca. La muchacha debía saber ya que el coche no la aguardaba, porque, sin una mirada en torno, se dirigió apresuradamente a tomar el vehículo. Spencer la siguió. Ambos pusieron pie en el estribo casi al mismo tiempo.

Junto al oído de ella, el americano murmuró:

—Sprechen sie deutch, fraülein Olga? ({1}).

El hermoso cuerpo de la bibliotecaria adquirió súbita rigidez. Estremeciéndose, Olga volvió nerviosamente la cabeza, descubrió a Spencer y terminó de subir al autobús. Spencer se colocó a su lado.

Ella dijo, quedamente:

—Creí que era usted americano, no alemán.

—¿Por qué americano?

—No es corriente que a la biblioteca acudan extranjeros. Mis compañeras me han hablado de usted… de usted y de Varenka Emilianova…

—¿Chismes?

—Usted sabrá.

Guardaron silencio mientras adquirían sus billetes.

—¿Ha entendido lo que le dije? —preguntó él.

La mirad de la joven se hincó en sus ojos.

—¿Usted suponía de antemano que iba a entenderle?

—Sí.

—Conozco un poco el alemán, pero eso es algo que casi nadie sabe. No me lo explico.

—Yo sé incluso quién se lo enseñó.

Olga se pasó la lengua por los rojos labios.

—No podemos hablar aquí. Apeémonos en la próxima parada.

Él asintió. Experimentaba una profunda emoción, a duras penas podía contenerla. Una sola prueba, un mero indicio había bastado. ¡Aquella muchacha era la que diez años antes tuvo relaciones con Heinrich Müller!

¡Esto significaba el principio del fin!

Abandonaron el autobús a la mitad de una de las nuevas vías comerciales. Spencer señaló un pequeño restaurante caucasiano.

—¿Entramos ahí?

Olga aceptó sin decir palabra. Cuando se hubieron sentado a una mesa y les hubieron servido, preguntó en alemán:

—¿Cuánto hacía que no practicaba ese idioma? ¿Más de diez años?

—Necesito saber quién es usted.

—Un funcionario de la embajada norteamericana en Moscú. Me llamo Larry Spencer y estoy en Stalingrado de vacaciones.

La muchacha, inquieta, jugaba con su copa.

—No es verdad. Ha dicho que sabía quién me enseñó a hablar alemán, y si es un funcionario americano no puede saberlo.

Spencer dijo lentamente:

—Fue el coronel Müller quien le enseñó.

El rostro de Olga se cubrió de intensa palidez.

—No... no es posible...

—Serénese, pueden vigilarnos. Aparentemente, nadie nos oye, pero uno nunca está seguro. Sí, Olga, Heinrich Müller le enseñó a usted a hablar alemán durante el tiempo que duraron sus relaciones. Es un milagro que la haya encontrado en la misma ciudad y en la misma Biblioteca donde él la conoció. He tenido suerte.

La muchacha miraba recelosamente en derredor. Se dominó con un gran esfuerzo.

—Será mejor que se marche. Me he equivocado... me he dejado vencer por la curiosidad.

Spencer no le hizo caso.

—He viajado de Washington a Moscú y de Moscú a Stalingrado en su busca, Olga. ¿Adivina el motivo?

—Pero usted... un funcionario...

—Hay muchas clases de funcionarios.

—Está loco. ¿Qué importo yo?

—Importa su ayuda.

—Están locos usted y todos sus compatriotas. Usted le hacía la corte a Varenka... Usted.no es... Quizá no sea siquiera americano.

—Pensé que Varenka era usted. ¿Quiere que le hable francamente?

—Quiero que me deje en paz y se dé cuenta de que ha cometido un error.

—¡Qué demonio de error! Atiéndame. Uno de los antiguos miembros del Estado Mayor de Von Paulus huyó de la Alemania Oriental hace tres meses, pidió asilo a mi país y, a cambio del favor de obtenerlo, nos contó que los servicios de inteligencia del VI Ejército alemán habían preparado un archivo de elementos anticomunistas que, en el interior de Rusia, estaban dispuestos a sabotear el régimen soviético. Cuidaba de ese archivo el coronel Müller, quien, después de la derrota, cuando Von Paulus era ya carne y uña con sus vencedores, intentó resucitar la organización clandestina, siendo descubierto y… perdóneme, y liquidado. El archivo, sin embargo, se salvó, pues todas las personas en él reseñadas, algunas con empleos importantes, han continuado en sus puestos. El general que nos contó esto recordaba que Müller tuvo relaciones con una joven rusa y sugirió la posibilidad de que ella, primero, hubiera colaborado en su trabajo, para luego conservar a buen recaudo la documentación, o por lo menos para destruirla. Si algo quedaba de aquel precioso archivo, la muchacha había de tenerlo en su poder. Si no quedaba nada, quizás ella podría ayudarnos a rehacerlo, aunque solo fuera en parte. Como consecuencia, yo fui enviado a Rusia y encargado de localizarla. Mi única pista era que la amiga de Müller había sido muy joven, rubia, muy bonita y que estaba empleada en la Biblioteca Popular de Stalingrado. Vine a Stalingrado.

Ocurrió que en la Biblioteca era Varenka quien mejor se ajustaba a esa descripción. En fin, ¿para qué hablar de ello? La muchacha en cuestión es usted y la he encontrado.

Olga miraba al suelo.

—Nadie ha dicho todavía que sea yo.

—¿Lo es o no lo es?

Hubo un silencio.

—¿Usted sabe —preguntó la bibliotecaria, lentamente— qué le ha sucedido a Varenka?

—No.

—Yo tampoco, pero puedo imaginarlo sin dificultad. Su carrera profesional ha terminado, ha perdido todos los derechos civiles y será trasladada a un remoto lugar de Siberia donde envejecerá y morirá teniendo por mundo un trozo de estepa, helada en invierno y enfangada en verano. Solamente porque usted, un extranjero, un desconocido, se ha dado el gusto de utilizarla para sus estúpidos planes. Dígame, ¿en las escuelas americanas no se estudia una disciplina llamada Sentido Común?

—No —respondió Spencer, secamente. La mención de Varenka le había enojado—. Y no se marche por las ramas.

—Esto no es marcharse por las ramas. ¿Con qué derecho viene usted de sus confortables y lujosos Estados Unidos a resucitar un pasado que todos

nos esforzamos por olvidar? ¿Qué culpa tengo yo, la mujer que yo soy ahora, de haberme enamorado como una bobalicona de un apuesto militar alemán, hace más de diez años?

—¿De modo que reconoce que se enamoró?

—¡No reconozco nada! Le hablo en hipótesis. Pero si es usted sensato, que ya supongo que no lo es, mañana mismo se saldrá de esto para marcharse lo más lejos posible.

Spencer estaba como sobre ascuas.

—Reflexione —imploró —. Es usted joven, inteligente y extraordinariamente bella. Mi presencia aquí representa la oportunidad de escapar de Rusia, de triunfar en América, de vivir con la holgura y la tranquilidad de espíritu a que todo ser humano aspira por naturaleza, aparte el placer de prestar un inestimable servicio a la causa del mundo libre. Olvide eso de resucitar el pasado. El pasado es parte de uno mismo, está vivo siempre…

Olga sonrió con amargura.

—¿Ve como no tiene sentido común? Su presencia aquí significa que la policía le vigila estrechamente y que a través de usted, me vigila a mí. Yo no correré la suerte de Varenka, ¿enterado? Antes que Siberia lo afrontaría todo.

—¿Todo? ¿Incluso denunciarme como espía?

—Sí.

Spencer apretó los puños.

—Está bien, me tiene en sus manos, únicamente puedo ofrecerle lo que le he dicho: huir de Rusia, y una vida segura y tranquila al otro lado del «telón de acero». Ir a Siberia no es inevitable a poco que usted me preste su colaboración.

—¿Qué es el «telón de acero»?

—Los occidentales llamamos así a las fronteras del comunismo.

La muchacha calló, y pareció como si meditara aquellas palabras que oía por primera vez. Luego movió cansadamente la cabeza.

—Usted no tiene en cuenta dos cosas: una, que no me interesa prestar servicios a esa supuesta «causa del mundo libre». Otra, que no quiero abandonar mi país.

—Dudo que exista un solo ruso que, en el fondo de su corazón, no quiera abandonarlo.

—Se equivoca.

—Pero… cuando el coronel Müller…

—Suponga que yo amase por aquel entonces a ese tal coronel Müller y que fuera solamente el amor lo que me impulsó a obrar como obré.

—¿Y ahora? —articuló Spencer.

Olga se encogió de hombros. Dudó un segundo.

—Ahora voy a casarme con el capitán Yussupov. Usted le conoce. Le ha visto cada día en su coche a la puerta de la Biblioteca.

Spencer sintió ganas de hacer añicos la copa que tenía entre los dedos. Todo se había derrumbado. De los tres casos posibles, tal como la situación estuvo hasta entonces planteada, se había dado el peor: Olga era la antigua amiga de Müller, sabía algo del desaparecido fichero o de cómo aprovecharse en la actualidad de su contenido, pues así lo traslucían sus palabras, pero se negaba en redondo a facilitar la información, y hasta podía llegar, solo porque amaba a un condenado capitán Yussupov, a entregarle a él a la M. V. D. Era exasperante, era igual que renunciar a la miel cuando ya se tenía su sabor en los labios.

El americano preguntó:

—¿No podré convencerla?

—No, lo siento.

—Y ¿qué hará usted conmigo? ¿Me denunciará?

Olga alzó los ojos, los posó en su rostro y los mantuvo fijos allí.

—Por mi parte —dijo a media voz —consideraré que no le he visto nunca y que esta conversación no ha tenido lugar. Le repito que se marche mañana mismo de Stalingrado. De lo contrario... no respondo de lo que ocurra. Buen viaje — se puso rápidamente en pie — y buena suerte.

Spencer permaneció inmóvil, mirándola.

—Yo no me rindo sin luchar —replicó—. Jamás he fracasado, pero el día que fracase será con todas las consecuencias.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, palomita, que en esta ocasión las consecuencias las pagará usted.

La muchacha titubeó.

—No le entiendo.

Spencer se levantó y se inclinó hacia ella, dominándola con su estatura, con el fulgor magnético de sus ojos, con toda su actitud.

—¡Oh, es usted muy lista para vaticinarles calamidades a los demás! Bueno, ¿qué me dice de las que a usted misma la esperan? Esto no es un juego, ¿sabe, preciosa? Cumplí un deber y arriesgo mi vida, estoy solo en el interior de un país donde la muerte es apenas un acto administrativo, y no tengo tiempo ni ganas de tratar con vaselina a la gente. Aguce el oído. Usted tuvo relaciones durante la guerra con un militar enemigo, usted traicionó a su patria realizando una importante labor de espionaje, y luego, cuando el militar murió y todo se fue al cuerno, ocultó lo que poseía y calló lo que conocía de la labor realizada. Está comprometida hasta el cuello, le es imposible echarse atrás. ¡Explíquele a la policía que entonces era solo una niña tonta y que cometió esos delitos por amor! ¡Se reirán en

sus narices! ¡Y apostaría incluso a que es el capitán Yussupov quien se ríe primero!

Una expresión de horror asomó a las pupilas de la joven.

—La, policía nunca sabrá…

—Lo sabrá hoy mismo.

—¿Cómo?

—Yo sé lo contaré. Será la consecuencia directa de mi fracaso. Está en las nubes si cree que voy a regresar a los Estados Unidos con las manos vacías. No regresaré. Me quedaré aquí… ¡en una tumba! ¡Pero al menos tendré el consuelo de saber que usted se ha quedado en otra! —Spencer sonrió fríamente—. Es curioso, ¿verdad? Casi no nos conocemos, y sin embargo, compartiremos el mismo destino.

Olga estaba como estupefacta.

—¿Sería usted capaz de arruinar mi vida así?

—Perfectamente capaz. Lo haría con gusto.

—¡Por favor, no! Voy a casarme, quiero ser feliz, ¡creo merecer la tranquilidad! ¡He sufrido demasiado! ¿Qué me importan a mí ustedes y sus malditos conflictos internacionales? ¿Con qué derecho me obliga a servirle? ¿No presumen en su país de respetar la libertad y la dignidad humanas?

Temblaba. Spencer respondió:

—Ahora no estamos en mi país. Me limito a bailar al son de lo que oigo.

Su voz hería, las palabras brotaban de sus labios como pequeñas y ahogadas explosiones. No había en él ni asomo de piedad, de humanidad, de clemencia. Era una estatua de hielo.

Pero no miraba a Olga como una estatua de hielo. Estaba pensando que jamás vio a una mujer tan hermosa. La emoción la había traspasado, tiñendo de rubor sus finas mejillas, y la respiración subía y bajaba su pecho, y se estremecía de vez en cuando y entreabría sus labios inquietantes, y su calor vital trascendía de la ligera blusa hasta ser casi perceptible a distancia. Spencer la tenía delante, débil, abrumada por la catástrofe que se había abatido sobre ella de golpe, angustiosamente bella, angustiosamente femenina…

Y de pronto, él notó que algo se desgarraba en su interior con una especie de llamarada. No supo de qué modo ocurrían exactamente las cosas. Cuando se dio cuenta de lo que hacía, estaba ya abrazándola, estrechando contra su pecho su cuerpo tembloroso, besando aquella boca fabulosa, fresca y húmeda como una flor bañada por el rocío.

La soltó como si quemara y dio un paso atrás, desconcertado. Pero se dominó enseguida.

—Juraría que en Rusia nunca la besaron así —dijo—. Es sistema

norteamericano. Tome nota para cuando usted y yo hayamos cruzado el «telón de acero».

La muchacha estaba roja de cólera, vergüenza y humillación. Por encima de su hombro, se apercibió Spencer de la sorpresa que su acto había despertado entre los clientes del restaurante. Oyó distintamente los murmullos que se alzaban de las mesas.

Olga gimió:

—¡Es usted un monstruo!

Él pensó:

«¿Por qué ha pasado esto? ¿Cómo es posible?»

Luego la joven giró en redondo y abandonó apresuradamente el local. Pero Spencer sabía que, en ocasiones, abandonar un local o un país, aunque fuera abandonar el mundo, no resolvía absolutamente nada. Y aquella era una de tales ocasiones.

3

El conserje del hotel dijo:

—Un hombre le espera hace media hora.

«Un hombre» podía significar la M. V. D., la expulsión de Rusia, la cárcel o hasta la muerte. Spencer consultó su reloj. Las nueve y media. Se sorprendió de que el tiempo hubiera transcurrido tan deprisa. Desde que Olga le dejó en el restaurante, no había hecho sino vagar como un autómata por la ciudad. Ni siquiera había cenado.

—¿Dónde espera?

El conserje señaló el extremo del vestíbulo.

—Allí.

El hombre estaba sentado, muy quieto, en un banco de madera disimulado por el ángulo de la pared. Era el profesor Zarubin.

—¡Mi querido amigo! —exclamó, poniéndose en pie al ver al americano—. ¡Temía verdaderamente haber perdido el tiempo! ¡Cuánto me alegra que haya vuelto al fin!

Spencer le examinó recelosamente… No recordaba haberle citado ni se explicaba a qué podía obedecer aquella visita.

—¿Ocurre algo?

—Ocurre que necesito hablar con usted. Es decir, a no ser que tenga otros compromisos más urgentes, claro está. Un ratito de charla, solo para cambiar impresiones, para… tranquilizarme un poco…

«Para tranquilizarme un poco», repitió interiormente Spencer.

—¿Qué le intranquiliza?

Zarubin se encogió de hombros. No dijo más que:

—¡Uf!

El americano titubeó. —

—Muy bien, subamos a mí habitación.

Subieron en silencio.

—¿Qué tal? —preguntó el profesor, frotándose las manos, cuando estuvieron solos en la pieza—. Puesto que ha tardado en regresar, ¿me es lícito suponer que todo ha ido a pedir de boca?

Se refería a la «toma de contacto» con Olga, pero Spencer no contestó inmediatamente. Tras indicarle por señas que se sentara en la única silla disponible, sacó de la cómoda una botella de vodka, se la puso delante y fue a tenderse sobre la cama. Zarubin destapó la botella y bebió un trago.

Sus ojillos chispearon de maliciosa curiosidad.

Spencer encendió un cigarrillo, observándole con gran atención. ¿El ruso le visitaba solamente para enterarse de sus relaciones con la muchacha? ¿Pues qué demonio le importaban a él? ¿Era un perverso, o simplemente un chismoso o quizás un infeliz sentimental?

—Olga me ha enviado a paseo.

Zarubin se mostró sorprendido y consternado.

—¡Cómo!

—¿Qué hay de raro en ello? Es una estupenda mujer, con edad suficiente para tener vida propia, con experiencia para no pasmarse ante el primer hombre que le dirige la palabra, y menos si ese hombre es un extranjero. No me daré de cabeza contra las paredes por su causa, descuide.

El profesor entornó los párpados.

—Permítame afirmar que sí se dará, y con mucha fuerza. Le noto desengañado y resentido. Ha tenido un disgusto. Yo también lo tengo ahora.

Spencer se incorporó sobre un codo. Inquirió lentamente:

—¿Siempre se apasiona tanto por los galanteos del prójimo? En lugar de procurarme a mí amistades femeninas, ¿no sería más natural que se las procurase usted?

El rostro de Zarubin se cubrió de un ligero rubor.

—¡Eh, no se equivoque! —replicó, con cierta sequedad —. Yo no le procuro amistades femeninas... aunque admito que parece que haya sido así. Usted no comprende... Yo le aprecio, tengo en gran estima su nobleza de carácter, su inteligencia, su sensibilidad. ¿Recuerda lo que le dije de que la mujer es el mejor camino para llegar a la entraña de un pueblo?

—Sí.

—Bueno, yo quiero que usted nos conozca y nos ame. Mas aún, quiero que desee ser uno de nosotros. ¡Que lo sea algún día! Un hombre de sus dotes merece ingresar por la puerta ancha en el comunismo, y la puerta ancha, amigo mío, es la que se abre en el corazón. Sé que yo mismo no tengo vigor ni elocuencia para mostrarle las grandes verdades de Rusia. Esto solo puede conseguirlo una mujer. De aquí todo.

Spencer sonrió amargamente. Decir de alguien que merecía «ingresar por la puerta ancha en el comunismo» era, para un individuo como Zarubin, hacer de él un gran elogio. ¡Pobre profesor!

El ruso añadió:

—Pero, por favor, no interprete mal mis intenciones. Mi única falta es ser demasiado franco —hizo una pausa y suspiró—: ¿Puede darme un

pitillo?

Spencer se lo dio. Ambos fumaron sin pronunciar palabra. Zarubin preguntó a los pocos momentos:

—¿Qué le ha dicho Olga?

—Entre otras cosas, que va a casarse con el capitán Yussupov. Es el militar que la aguarda cada día en su coche.

El profesor enarcó las cejas.

—¡Increíble!

—¿Por qué?

—Porque Yussupov está casado.

—Puede divorciarse.

—Puede, pero dudo que lo haga. Y no para casarse con ella.

—Usted —dijo incisivamente Spencer —declaró que no sabía nada de él.

Zarubin asintió.

—Nada. Sin embargo, al ver que usted se interesaba por la muchacha, he realizado unas modestas pesquisas. Tenía el propósito de aconsejarle que renunciase a sus pretensiones si averiguaba que Olga estaba por encima de ellas, y de alentarle en caso contrario. ¿Qué he hecho hoy, cuando el coche de Yussupov no ha aparecido? Alentarle, ¿no es eso? Debía de tener una razón, ¿no cree?

Spencer le dedicó una perpleja mirada.

—¿Qué ha averiguado?

—Pues que a Olga no la ata ningún compromiso, si es eso lo que le preocupa. Es una mujer muy independiente y de ella, ¡quién lo diría! no se conoce una sola aventura amorosa. Ha rechazado sistemáticamente a sus admiradores en el momento en que intentaban ser algo más. Entiéndame, no es un ser huraño, esquivo, insociable o cosa así. Le gusta salir, tener amistades, divertirse...

—Bien, de acuerdo. Pero ¿y el capitán?

—¡Mi querido amigo! Al capitán Yussupov acaban de encomendarle la reorganización de la biblioteca de la 220 Brigada Mixta, a la cual pertenece. La Brigada solicitó de la Biblioteca Popular una bibliotecaria titular para que le ayudase. Fue designada Olga Samarin, recién terminadas sus vacaciones, pero como hay escasez de personal, cumple esta obligación a horas extras. Los tres primeros días ha tenido Yussupov la atención de conducirla al cuartel en coche. Hoy le ha correspondido descanso porque el capitán está de servicio.

La perplejidad de Spencer iba en aumento.

—¿Quiere decir que ella no conoce a Yussupov sino desde hace cuatro días y que sus relaciones se limitan a colaborar en la organización de la biblioteca de un cuartel?

—Sí.

—¿Y Yussupov está casado?

—Está casado y tiene dos hijos.

El americano pensó: «Entonces ¿por qué me ha dicho ella que le amaba? ¿Por qué ha mentido de aquel modo? ¿Se trataba de un pretexto circunstancial? ¿De una salida improvisada para la situación en que yo la había colocado?»

Tenía que ser una salida improvisada, efectivamente. Olga no habló de Yussupov hasta el final. Al principio solo manifestó que tenía miedo y no quería correr la suerte de Varenka Emilianova, pero debió comprender que esta justificación no bastaba y buscó otra más eficaz. Tuvo que inventarla…

Spencer murmuró para sí: «Tuvo que, inventarla». Esto significaba que no existía un verdadero impedimento para que la muchacha le ayudase. El recelo, el miedo, la desconfianza, el tiempo transcurrido desde su trato con Heinrich Müller, sí, pero y ¿qué? ¡No eran obstáculos insuperables, como, por ejemplo, lo hubiera sido un amor! Según Zarubin, a Olga no se le conocían aventuras sentimentales. Probablemente, desde hacía diez años vivía sola, tan bella, tan atractiva, tan cálida y suave, fiel al recuerdo de un hombre a quién en público ni siquiera podía nombrar.

Spencer se arrepintió en aquel momento de haberla besado. En cambio, sintió que renacían súbitamente sus esperanzas.

—¿Qué le parece que debo hacer, profesor? —preguntó—. ¿Por qué cree que me ha engañado?

Zarubin había terminado su cigarrillo.

—¿Está usted enamorado de ella?

—No lo sé. Supongo que no es posible enamorarse tan pronto de una mujer a quién no se conoce, y sobre todo cuando uno lleva todavía dentro la imagen de otra. Como no sea que inconscientemente proyecte sobre Olga a Varenka… que mis sentimientos las confundan.

El ruso ríe quedamente.

—Es usted fantástico, amigo mío. Vea, está claro que esa chica le ha mentido respecto al capitán Yussupov para ahuyentarle. ¿Motivos? Uno, que se haya mostrado usted demasiado fogoso y ella haya pensado que peligraban su independencia y la paz de su corazón por lo cual ha atajado el peligro de raíz. Otro… que sea usted, simplemente, un extranjero. Le advertía que las mujeres rusas son tímidas, pero, además, los rusos en general albergamos contra los extranjeros graves prejuicios. Si es esto lo

que ocurre, descuide. Yo intervendré en su favor, le explicaré quién y cómo es usted. A fin de cuentas, hay extranjeros de muchas clases.

Spencer estuvo a punto de preguntar: «¿Quién y cómo soy yo?» No era la primera vez que le intrigaba el juicio extraordinariamente favorable que Zarubin se había formado de su persona. ¿En qué se basaba su tenaz aunque descabellado empeño de convertirle algún día al comunismo? Sonrió. ¿Qué importaba? Gracias a aquel empeño, se estaba facilitando de modo asombroso su también tenaz y descabellada labor.

El profesor se ponía ya en pie.

—¿Me permite otro trago?

—¡Naturalmente!

Zarubin alzó la botella, bebió y chasqueó los labios.

—Buen vodka —dijo. Dio unos pasitos hacia la puerta—. No está usted tan deprimido, ¿verdad? después de mis noticias. No se lo tome a pecho, querido, no se lo tome, a pecho. O mucho me equivoco, o en estos momentos tiene a Olga pensando en usted desde su pisito de la calle Ossipenka. Mañana será otro día. Vuelva a la Biblioteca como si nada. Yo me ocuparé de lo demás.

Spencer reflexionaba. Le oía, entretanto, sin casi prestar atención.

—¿Vive en la calle Ossipenka?

—Sí, en el catorce, una bonita casa. —Zarubin abrió la puerta—. Buenas noches, amigo mío. Esta charla ha sido agradable y muy beneficiosa para los dos. Espero que se repita.

—Buenas noches —dijo maquinalmente el americano.

En su cerebro tomaba forma una extraña idea.

4

Lo de «bonita casa» era, desde luego, pura apreciación personal de Zarubin. En el número 14 de la calle Ossipenko había una mole cúbica de cemento gris, con poco menos de un millar de pequeñas ventanas iguales. Una hilera de faroles prendidos en el muro, cuyos focos se concentraban en la acera, daban al lugar un aire como de patio de presidio.

Spencer entró. En el gran edificio de departamentos no existía portero visible. Era una de las más nuevas construcciones de la ciudad y estaba evidentemente destinado a funcionarios, obreros especializados y gente de mediano nivel económico. En una de las paredes del vestíbulo aparecía la lista de inquilinos, cuya longitud asombró al americano. Pese a las dimensiones de la casa, parecía imposible que pudieran alojarse allí tantas personas.

Ninguno de los dos ascensores funcionaba. Spencer hubo de subir a pie al séptimo piso, donde Olga tenía su departamento, que era el 709. Contempló unos segundos la cerrada puerta y llamó.

La muchacha abrió inmediatamente. Una luz de terror se encendió en sus ojos. Spencer tuvo sólo un rápido atisbo de su rostro, de una tela negra y una pierna desnuda. Le quedó el tiempo justo para introducir un pie entre la hoja y el marco antes de que la puerta volviera a cerrarse.

—No —dijo—, de mí no tenga miedo. He venido a salvarle la vida. Y la primera condición para salvársela es que no alce la voz.

Ella le miró fijamente. Seguía apretando la puerta.

—Márchese —imploró en un susurro.

—Demasiado tarde.

—No, no es demasiado tarde. Yo apenas le conozco, no he hecho nada malo todavía, nada que me comprometa. No quiero verle nunca más.

Spencer dijo casi inaudiblemente:

—Tiene que haber micrófonos ocultos en su departamento. Vístase y salgamos. Hemos de hablar.

—¿Micrófonos?

—Instalados por la policía. Cállese.

Olga dejó el paso franco sin añadir una palabra. El americano se encontró en una habitación pequeñísima, humilde y austera como una celda. Su mobiliario se reducía a una cama metálica, un armario, una mega y dos sillas. Una puerta cubierta por una cortina daba entrada al cuartito de aseo. Sobre la mesa había un fogón eléctrico, una cacerola y un plato sucios, un tenedor y un par de libros.

Spencer, en silencio, se sentó. La muchacha estaba muy pálida. Vestía

una simple bata negra, mal cruzada y mal cerrada con una cinta del mismo color, pero el descuido y la modestia de su atuendo no mermaban su hermosura, sino todo lo contrario. En la intimidad de la habitación, teniéndola forzosamente tan cerca, viéndola tan ella misma, Spencer sintió despertar dentro de sí la turbia emoción de unas horas antes, de cuando la estrechó entre sus brazos, de cuando cometió la deliciosa locura de besarla. Se preguntó si la muchacha estaría pensando en aquello también. Buscó sus ojos. Olga le había permitido la entrada. ¿Fue por el beso? ¿O por su mención de la policía?

Fuera por lo que fuese, la joven parecía haber tomado una decisión. Abrió el armario, sacó unas ropas y pasó con ellas al otro lado de la cortina del cuarto de aseo. Spencer miró en torno. En la pared estaban prendidos una fotografía y un diploma de la Escuela de Bibliotecarios. La fotografía representaba a un hombre de barba en punta y rostro inteligente y a una mujer que tenía con Olga gran parecido. Sus padres.

Spencer cerró los ojos. Volvió a abrirlos para fijarlos en la ligera cortina, y ya no los apartó de allí, como obsesionado, hasta que reapareció la muchacha. Se había puesto su blusa y su falda y llevaba al brazo una chaqueta. De bajo la cama cogió unos zapatos y se los calzó. Spencer se abandonaba al placer de admirar la punzante gracia de sus movimientos. Luego ella hizo un signo con la cabeza, indicándole que podían salir.

Salieron. No hallaron a nadie en el pasillo, ni en la escalera, ni abajo. El americano murmuró:

—Caminemos.

Echaron a andar. La experiencia con Varenka había sido, para Spencer, aleccionadora. Ahora sabía que en ningún momento, ni en el parque, ni junto al río, ni de día, ni de noche, estuvo con ella realmente solo. La única vez que ocurrió algo fuera de lo común —Varenka le había entregado con gran secreto un sobre —la policía intervino fulminantemente. Las apariencias engañaban, Spencer lo sabía bien, aunque ignorase exactamente hasta qué punto.

—Aquí.

Hicieron alto en un gran solar vacío, llano, solitario, bañado en la luz de luna. Por aquella parte terminaba bruscamente la ciudad. Un poco más lejos, el suelo mostraba aún las cicatrices de la guerra.

Olga preguntó:

—¿Usted se ha propuesto perderme?

Lo decía sin hostilidad, sin rencor, como resignada.

—¿Por qué mintió respecto a Yussupov? —replicó el americano —Su relación con él es meramente profesional y de circunstancias. Está casado y tiene dos hijos.

—Sabe de sobra por qué mentí. Sin embargo… ha vuelto… Me ha dicho usted que ya es demasiado tarde, que la policía ha instalado micrófonos en

mi departamento, que necesita hablarme. Bueno, ¿qué más? ¿Por qué no dice también que antes de amanecer la M.V.D. nos habrá detenido?

—La M.V.D. no hará nada. Eso es lo malo. Esperan a que nosotros caigamos en la trampa por propia iniciativa.

—¿En qué trampa? ¿Cuándo será eso?

—¿Cuándo le parece?

Olga se llevó las manos a las sienes.

—Es absurdo, absurdo... No puede usted pasearse tranquilamente por Rusia con documentación extranjera y conspirando contra el Estado poco menos que a la vista del público. ¿Qué concepto tiene usted de nuestro país? Cada vez que mueve un dedo, cada vez que estornuda, se entera de ello el servicio de contraespionaje.

—En efecto.

—¿Y no le importa?

—¡Claro que no!

—Está loco.

—¿Quiere usted o no quiere hacerse cargo de la situación? —exclamó Spencer—. ¡Hemos perdido ya demasiado tiempo!

Ella le miró, titubeando.

—Diga.

—Tres meses atrás, cuando se nos informó de la posible existencia de un archivo de elementos anticomunistas elaborado por el VI Ejército y emprendimos su búsqueda, uno de nuestros agentes sufrió en Moscú un fracaso que, además de costarle la piel, reveló a la M.V.D. la existencia de ese archivo y el hecho de que nosotros le andábamos detrás. No tenían ninguna otra pista, con excepción del nombre de una persona, o quizá de dos, complicadas en el asunto. Pero ambas personas habían muerto y es evidente que las pesquisas a su alrededor no les dieron a los agentes soviéticos el menor resultado. En consecuencia, decidieren aguardar a que nosotros pasáramos de nuevo a la acción, para que fuésemos precisamente nosotros quienes les obsequiásemos gratuitamente con la pista que les faltaba. La espera ha durado más de tres meses. Al cabo, yo he intervenido y la M.V.D. se ha frotado las manos de gozo. ¿Qué más quiere? ¡El ratón entrando por su pie en la ratonera! Como es natural, no se me han brindado sino facilidades: salvoconducto para viajar, libertad de movimientos... ¡Demasiadas facilidades para que yo las aceptase sin desconfiar! No obstante, ni un minuto se ha descuidado mi vigilancia. Paso a paso, de acuerdo con sus deseos, he ido aproximando a los hombres de la M.V.D. a nuestra meta común. Tengo una única ventaja sobre ellos: que solamente yo sé ahora que estoy ya rozándola. Mientras ignoren que usted fue amiga del jefe de los Servicios de Inteligencia de Von Paulus no se explicarán para qué la necesito. Creerán que es un simple eslabón, el primero en la cadena que ha de conducirme al archivo del coronel Müller

y seguirán quietos aguardando todavía a que les haga el trabajo para apresarme en el momento final. ¿Empieza a comprender lo que sucede?

—Vagamente —repuso Olga, con voz velada.

—Sucede que el momento final está mucho más próximo de lo que la M.V.D. supone. Ellos ven en mí a un incauto, un americano tonto y pagado de sí mismo que no se da cuenta del berenjenal en que se mete con tanta paz y tanta suavidad en torno. Perfectamente, esta confianza los perderá. En el fondo, los papeles se han invertido. Soy yo quien se aprovecha de su aplomo infundado, quien vive del trabajo ajeno. Antes de que despierten de la siesta habré salido de Rusia con mi presa... y con usted.

—Siempre que no descubran que yo... que yo...

—¿Por qué no lo dice de una vez? ¿Por qué no es sincera y terminamos esta farsa?

La muchacha respiró profundamente.

—Siempre que no descubran que yo estuve casada con un alemán.

Spencer dio un respingo.

—¿Usted fue la esposa de Müller?

—Sí. —Los ojos de ella eran dos pozos de sombra—. ¿Qué pasa?

—No tenía idea de eso —Spencer experimentaba un vago sentimiento de disgusto—. Si el matrimonio consta en alguna parte, estamos aviados. La M.V.D. puede encontrarlo y comprender inmediatamente toda la verdad.

—No consta. Nos casó un capellán militar del VI Ejército.

—No es seguro. Quizá hay algún documento que pasó a poder del Ejército Rojo después de la derrota. ¡Maldita sea! No lo había previsto. Nuestro informante declaró en Washington que las relaciones de usted con Müller eran absolutamente secretas. Admito que lo hayan sido hasta ahora, pero sí se ha abierto sobre usted una investigación, quién sabe lo que saldrá a luz. Debemos darnos prisa.

—¿Prisa de qué?

Spencer avanzó un paso y asió a la muchacha de los hombros. La carne de ella, suave, pero firme, se estremeció ligeramente entre sus dedos.



—Prescinda de lo de «profesor» —replicó—. Soy el coronel Zarubin, del Servicio de Contraespionaje...

—¿Usted ha conservado el archivo del coronel Müller?

—No. No sé de qué me habla.

¡No! Las manos del americano se crisparon involuntariamente. Olga añadió:

—Suélteme, me está haciendo daño.

Él no la soltó. Pensaba en su propia estupidez. ¡La muchacha no tenía en su poder el archivo de Müller! Ciertamente, ¿por qué había de tenerlo? ¿Por qué había de guardar durante diez años algo que entrañaba un peligro de muerte? Viviendo como vivía entre las cuatro paredes desnudas de su pequeña habitación, ¿dónde hubiera podido guardarlo? Es más, ¿se lo habría siquiera confiado Müller?

Todas estas preguntas se las había hecho ya él antes de emprender su misión. Sin embargo, el frenesí de los últimos días, la ilusión del triunfo y el aguijón constante del peligro, determinaron que olvidara la posibilidad de una respuesta negativa. ¡La misma respuesta que se le daba ahora!

Dijo ásperamente:

—¿Usted ayudó a Heinrich Müller en su trabajo?

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

—Pero conocería a muchas de las personas que militaban en su organización clandestina, ¿no es así?

—Jamás conocí a ninguna.

—¿Me dice la verdad?

—Sí.

Hubo un largo silencio. Inmóvil, rígida frente a Spencer, la joven le miraba cara a cara.

—Está bien —dijo él, con voz sin matices—, esto se ha acabado. —Un dolor obsesivo le atormentaba: el de que Nicolás Lichtwitz había muerto absolutamente para nada, ¡para absolutamente nada, y sin que ya nadie hubiera de vengarles! —Mañana emprendo el regreso. Si desea marcharse, si considera que su seguridad está amenazada o que corre algún riesgo quedándose aquí, la sacaré de Rusia. Es mi deber.

—¿Cómo me sacará?

—Por Turquía, a través del Cáucaso.

—¿Qué... dice? ¡Nunca llegaríamos hasta allí! ¡Hay más de mil kilómetros de viaje!

—Conozco el camino. Lo hice una vez desde Jarkov y sé de un guía en Karskais que nos ayudará a cruzar la frontera. —Spencer se encogió de hombros indiferentemente. —Nadie la obliga a venir, por supuesto.

—Si yo no le acompaño, ¿se irá también por Karskais?

—No. Regresaré a Moscú y utilizaré la vía normal. Soy un funcionario de la Embajada.

—De modo que se arriesga por mí. Sin la menor compensación… sabiendo que no le soy de ninguna utilidad…

—Sin la menor compensación —asintió el americano—. ¿Qué decide?

—¿Cuándo nos iremos?

—Mañana.

El hombre y la mujer, solos y frente a frente en el descampado inundado de luna, parecían señalar con sus figuras inmóviles el centro del mundo.

—Hay un tren hacia el Sur a las dos del mediodía —dijo Olga—. Nos reuniremos aquí mismo, en este solar, a la una y cuarto, ¿le conviene? ¿O prefiere pasar por mi departamento?

Su voz había temblado un poco, ¡pero accedía!

—La he advertido esta noche de que su departamento debe estar estrechamente vigilado desde que yo me intereso por usted. Nos reuniremos aquí. Le aconsejo que asista como de costumbre a la Biblioteca. Apenas tendrá tiempo, pero, luego, es preciso que mude de apariencia. Yo haré lo mismo —sonrió—; no se sorprenda al verme. ¿Tiene salvoconducto?

—El de mis vacaciones. ¿He de… de disfrazarme?

—Procure que la tomen por una campesina. Traiga ese salvoconducto, lo amañaremos para que sirva hasta Tiflis —las instrucciones brotaban de labios del americano con tanta frialdad y precisión como si se refiriesen a un vulgar trámite—. No más equipaje que el que quepa en un pañuelo, ¿ha comprendido?

—Sí.

Los dos callaron. Al cabo de un momento, Spencer preguntó:

—¿Se da cuenta de que acaba de adoptar la decisión más importante de su vida?

—Sí.

—¿No siente miedo? Esta tarde pensaba de modo muy distinto. ¿Por qué ha cambiado tan pronto y tan radicalmente de opinión?

Ella no contestó a esto.

Hay cosas que una mujer no necesita decirle a un hombre cuando es un hombre de verdad. Spencer obtuvo la respuesta al tomar a la muchacha entre sus brazos, la leyó en el reflejo de la luna en sus pupilas, la halló en la caricia palpitante de su boca. Y supo, además, que aquella decisión era la más importante de su vida… ¡también para él!

5

La tarde de verano se iniciaba abrumadoramente bella, con un azul, en el cielo, tierno, profundo, y un hilo de nubecillas muy blancas sobre el horizonte.

Parado en el centro del solar, Spencer veía el perfil de la ciudad en casi toda su extensión. Era una ciudad que renació de sus ruinas. Pensó: «También algunas vidas arruinadas renacen». Allí mismo, la noche anterior, a la luz de la luna, él había borrado el pasado de una mujer. «El pasado es parte de uno mismo, está vivo siempre...» ¡Mentira! ¿Heinrich Müller? ¡Nunca existió! La vida empezaba de nuevo, cada día, en cada instante. El soplo de un amor la levantaba de sus cenizas, como en un milagro. Pero no era un milagro, sino una especie de ley natural, una fuerza inconsciente que movía a todos y a cada uno de los hombres. Un poco, acaso, el ciego instinto de la felicidad.

Spencer suspiró al distinguir la esbelta figura de Olga, que se aproximaba con paso firme. Había temido que no acudiera. Confiaba en su entereza y en su audacia; pero no menospreciaba por ello el poder de la M.V.D.

La muchacha llevaba puesto un vestido viejo, recio, caluroso, y sobre los hombros un chal. Calzaba botas. Se tocaba con un pañuelo y sostenía otro, anudado, en la mano. Su aire no era exactamente el de una campesina, aunque sí el de una mujer humilde, mucho más joven de lo que era en realidad, quizá una estudiante provinciana; pero, sobre todo, conservaba aquel atractivo tan suyo, simple, directo como un golpe en lo sensible de la conciencia.

Spencer la recibió extendiendo las manos.

—¿Sin novedad?

Ella asintió. Le examinaba de pies a cabeza.

—Me resistía, de lejos, a creer que eras tú. ¿Dónde has conseguido esas ropas?

Las ropas eran un tabardo de apariencia vagamente militar y unos pantalones remendados. Spencer las había hurtado la noche pasada. Regresó al hotel después de dejar a la muchacha, hizo rápidamente sus preparativos, salió de nuevo y ya no volvió más. Hasta el amanecer anduvo por los campos o descansó a la orilla del río, donde cambió de traje. Luego desayunó en una taberna de la ribera y compró queso y un gran pan, que ahora transportaba en un tosco envoltorio. En el hotel había quedado su

equipaje. El reloj y el dinero fue, con sus documentos, lo único que decidió llevarse.

—¿Tu salvoconducto? —pidió, después de referir sucintamente a la muchacha cuanto había hecho.

Olga desató los cabos de su pañuelo. Dentro había una toalla, jabón, un peine, la fotografía de sus padres, su diploma de bibliotecaria, una hoja de papel y absolutamente nada más. Extrajo el papel, pero Spencer la detuvo y cogió el diploma.

—Está a tu nombre. No puedes llevártelo. Supón que, por cualquier motivo, la policía te registra.

—¿Y tu pasaporte? Supón que te registra a ti.

—He destruido toda mi documentación americana. La que tengo es falsa.

Olga sacudió la cabeza.

—Lo siento, Larry, pero me lo llevaré, aunque sea ocultándolo debajo de mi vestido. Afronto la responsabilidad.

—¿Es una chifladura?

—Quizá sea una chifladura.

Él se encogió de hombros. Examinó el papel que la muchacha le entregaba y vio, con sorpresa, que era un salvoconducto extendido hasta Tiflis a nombre de Akulina Rodzianko.

—Era el mío —declaró ella—. Anoche me entretuve en cambiar el nombre y el punto de destino.

Spencer lo miró a trasluz.

—Buen trabajo. Es una lástima que no atinaras a hacer lo mismo con el diploma. —Devolvió el salvoconducto y respiró profundamente. Consultó luego el reloj; eran la una y veintidós minutos. Sus ojos encontraron los de Olga. Le sorprendía verla tan serena, tan confiada. Repitió su pregunta de la víspera para sí: «¿Te das cuenta de que acabas de adoptar la decisión más impórtate de tu vida?» En voz alta dijo: —¿Vamos?

Todo quedaba ya atrás: la Biblioteca Popular, Stalingrado, Varenka, el profesor Zarubin, Moscú, Rusia misma, Nicolás Lichtwitz, Josiah Pilsudki, el archivo del coronel Müller, la organización clandestina de antiguos agentes proalemanes, ¡todo! Parecía mentira que ahora tuviesen tan poca importancia.

Olga alzó el rostro y Spencer la besó.

—Vamos —asintió ella.

Echaron a andar cogidos del brazo. Salieron del solar en sentido paralelo a la ciudad, camino de la estación.

Por aquel lado había, junto al solar, una tapia y un montón de escombros.

Entre la tapia y el montón de escombros aguardaba un hombre.

—No pensarían irse sin despedirse de mí, ¿verdad? —dijo.

¡Era el profesor Zarubin y empuñaba una pistola!

—¡Usted! —murmuró Spencer. La mano con que asía del brazo a Olga se convirtió en una garra de acero—. ¿Debo confesar que me sorprende, profesor? ¿O quizá lo que debo es felicitarle?

El sol ponía un brillo sudoroso en la calva del hombrecillo. Su aspecto mezquino y apolillado era el mismo, y sin embargo él era otro hombre. Estaba lleno de autoridad. El fuego de sus pupilas perforaba como un soplete el cristal de las gafas.

—Prescinda de lo de «profesor» —replicó—. Soy el coronel Zarubin, del servicio de contraespionaje. Me es muy grato poder presentarme a ustedes en uno de los momentos más dichosos de mi existencia.

Spencer sentía pesar a Olga sobre sí, la sentía temblar muy levemente, y comprendió que tenía que alentarla con su firmeza. Lanzó una ojeada en torno. Zarubin estaba solo. ¡Solo! ¿No se habría confiado en exceso?

Rió.

—¿Quiere acompañarnos? Íbamos a almorzar a la orilla del río. Nunca estorba la compañía de los seres dichosos.

Zarubin entornó un poco los párpados.

—No es la primera vez —declaró —que me pregunto si es un inconsciente, un estúpido o un hombre de inteligencia excepcional.

—¿Sí? —Spencer señaló la pistola con el mentón—. ¿Qué hace usted? ¿Va a cazar pájaros?

—Voy a matarle al menor movimiento sospechoso.

—Ya veo. Se trata de un juego nuevo, sin duda. Un juego ruso que yo desconozco, probablemente.

Zarubin estaba serio como un palo.

—Un juego internacional —replicó—: espionaje. —Levantó unos milímetros la pistola. —Sigan andando, por favor. Estamos al sol, y me molesta. También me molesta el humor americano.

Spencer no hizo caso de la orden. Había cambiado imperceptiblemente de posición, apoyándose sobre un solo pie y descansando en parte en el brazo de Olga.

—¿Me alude a mí al hablar de espionaje?

—Le he dicho que siga andando.

—Espere, eso me interesa. Sus protestas de amistad, sus buenos oficios en mis relaciones con Varenka Emilianova y con Olga, sus parlamentos de apologética comunista, ¿tenían por causa la presunción de que yo era un espía de mi país?

—Usted es un espía de su país.

—¿Y usted me facilitaba el trabajo? La casualidad de que ayer estuviera de servicio el capitán Yussupov, ¿obedecía a su deseo de que yo trabase sin

obstáculos amistad con Olga? Cuando vino a verme al hotel, ¿lo hizo para que no me desanimara? Si mencionó como al descuido el lugar donde Olga vivía, ¿fue para que me dirigiese allí inmediatamente?

—Sí.

—¿Qué pretendía? ¿Que yo le condujese como un lazarillo hasta algo que usted considera muy importante pero que no sabe exactamente lo qué es? ¿Me daba cuerda para que me ahorcase a mí mismo?

—En efecto —admitió Zarubin, intrigado—. ¿Usted sospechaba esas cosas?

—Desde anoche.

—Pues no me explico su conducta.

Spencer puso todos sus músculos en tensión. Poco a poco estaba consiguiendo lo que al principio parecía imposible: que la atención del ruso se trasladase de su persona a su charla.

—¿No se la explica? Hace tres meses y medio, en Moscú, con ocasión de un suceso ocurrido en la Starkenskoye Ussawa, que es una fábrica de material eléctrico, la mujer de un tornero llamado Penkoff reveló a la M.V.D. que los agentes secretos norteamericanos trabajaban por la reorganización de una antigua red alemana de sabotaje. De esta red, desde entonces, no se ha descubierto nada más, y ustedes, los del servicio de contraespionaje, se han dedicado a vigilar estrechamente a los súbditos de los Estados Unidos, al tiempo que fingían concederles plena libertad de movimientos, con la esperanza de que alguno les procurase una pista. Eso, aparentemente, he hecho yo, y por ello está usted aquí con su pistola. Pero es solo aparentemente, mi astuto aunque equivocado Zarubin…

—¿Por qué aparentemente?

—Porque la pista no existe. Olga, quien, por si no lo sabía, estuvo casada con el jefe de los servicios de inteligencia del VI Ejército alemán, era la única persona en Rusia capaz de facilitarme dicha pista, si había conservado los documentos de su esposo. Desgraciadamente para usted y para mí, no ha conservado nada, absolutamente nada, ni siquiera un retrato de él. En consecuencia, renuncio a tomar precauciones y me la llevo a almorzar a la orilla del río. Si quiere venir, queda invitado.

Hubo un silencio. Zarubin miraba al americano fijamente.

—¿Se van a almorzar disfrazados así?

—¿Quién va disfrazado?

El «profesor» avanzó un paso, un paso muy corto.

—Usted debe de estar loco —dijo—. Acaba de confesar que es un espía, que esa mujer estuvo casada con un militar alemán, que ella es ahora su cómplice… ¿Lo ha confesado o no?

—Sí —replicó Spencer.

Y en aquel momento soltó el brazo de Olga y se dejó caer

violentamente hacia atrás.

Fue un único movimiento: mientras caía, su pie salió disparado a lo alto y arriba y golpeó de punta la muñeca del ruso. La pistola, por causa del durísimo impacto, escapó de entre sus dedos, describió un arco en el aire y desapareció tras un montón de cascotes.

Zarubin se lanzó locamente en pos del arma, pero no con suficiente rapidez. Actuó antes el americano. Semejó rebotar en el suelo, se contorsionó y, de pronto, saltó en plancha. Apresó las piernas del ruso cuando este alcanzaba los cascotes, y ambos hombres rodaron abrazados por tierra.

Olga permaneció al margen, paralizada por el horror, durante toda la escena siguiente. Descubrió a un Larry Spencer que no conocía: un Larry Spencer increíblemente feroz, duro y cruel como una fiera salvaje. Le vio echarse encima de Zarubin y asirle en una terrible presa de *cath*. El instante fue, afortunadamente, breve. Zarubin gimió, luego emitió un ronquido. Estaba ahogándose, muriéndose entre los hercúleos brazos de su enemigo. La suya era una agonía de segundos...

Por fin sonó un pavoroso crujido de huesos. Nada más.

Spencer, despacio, se levantó. Zarubin quedaba en el suelo, pero no era ya sino una masa descoyuntada, quieta, siniestra; un miserable y apolillado cadáver.

—Larry —murmuró la muchacha.

Él se secó el sudor que le corría por la cara. Después se miró las manos.

—Tenía que hacerlo —replicó roncamente—. No solo para salvamos nosotros... Tenía que hacerlo por Nicolás Lichtwitz...

Olga se estremeció, aún sin saber lo que significaba aquel nombre.

—Vámonos, ¡Vámonos antes que sea tarde!

Spencer sacudió la cabeza.

—Ya nunca volverá a ser tarde.

Cogió al muerto por los pies y lo arrastró hasta ocultarlo entre los escombros. Tomó la pistola.

—Guárdala, quizá te sea útil.

La joven aceptó, dudando.

—¿Y tú?

—Tengo la mía.

No se veía a nadie por los alrededores: el sol había sido único testigo de la tragedia.

A las dos se encontraban en la estación. Sin novedad. Una aburrida pareja de policías uniformados paseaba por el andén lleno de gente.

—Debemos separarnos —dijo Spencer—. Si Zarubin tenía colaboradores, que forzosamente había de tenerlos, y estos descubren que ha muerto y dan la alarma, la transmitirán para dos personas, un hombre y

una mujer. Ignoran cómo vamos vestidos, sin embargo, y el tiempo ganado nos garantiza cierta seguridad. Ocuparemos compartimientos distintos y no nos hablaremos en todo el viaje. Caso de que las cosas se pusieran mal, deshazte por lo menos del diploma y la pistola... o pégale un tiro al importuno, como gustes. Yo velaré por ti.

Olga respondió solamente:

—Bésame, Larry.

El tren llegó con veinte minutos de retraso. Cuando, desde el estrecho y maloliente vagón donde los pasajeros se hacinaban, vio Spencer que Stalingrado quedaba atrás, sintió lo mismo que si despertara de una angustiosa pesadilla.

6

Pero la pesadilla continuaba.

Había cerca de cuarenta horas de Stalingrado a Sukum, la estación más próxima a la frontera turca, donde la línea férrea se desviaba al este en dirección a Tiflis. Hubieran sido cuarenta horas agotadoras por la incomodidad, la suciedad, el espacio angosto, el indescriptible calor y la imposibilidad completa de dormir, pero lo fueron mil veces más por la tensión nerviosa, la incertidumbre, el miedo... Cuando los policías de servicio del tren realizaron la primera de sus rutinarias inspecciones, Spencer exhibió con aire estúpido su salvoconducto falseado. Nada ocurrió. Luego esperó unos minutos y abandonó su puesto para abrirse paso a lo largo del corredor del vagón, hasta el compartimiento donde se había instalado Olga. Un imperceptible movimiento de cabeza de la joven le indicó que también allí marchaba todo por buen camino.

Él sabía, empero, que en Stalingrado la M. V. D. no descansaba, que en cuanto se echase de menos a Vladimiro Zarubin sería minuciosamente registrada la ciudad y se enviaría un alerta a los controles de carreteras, líneas aéreas y ferrocarriles, así como a las fuerzas de vigilancia en el Don y los canales. A partir de aquel momento, dejarían de ser rutinarias las inspecciones...

La segunda de estas tuvo lugar a las diez horas de viaje, a medianoche. Nada ocurrió tampoco. Cuando salió al pasillo, Spencer vio a Olga adormilada en su asiento, difícilmente encajada entre una aldeana obesa y un viejo cosaco. Su rostro mostraba ya las primeras huellas de la fatiga. Un rizo de su cabello rubio asomando por debajo del pañuelo, le acariciaba la frente.

El resto de la noche fue tranquilo.

Al amanecer, el tren se hallaba más allá de Rostof, en ruta hacia Ekaterinodar y Novorossisk, por las llanuras septentrionales del Cáucaso, y la alarma no había sido dada todavía. A las ocho hubo otra inspección. Nada. Otra a las doce. Nada. Poco después alcanzaban Novorossisk, donde Spencer distinguió la rizada superficie del Mar Negro, en cuya orilla opuesta estaban Turquía y la libertad.

La línea continuaba paralelamente al mar hasta Poti, rodeando el imponente macizo de las montañas caucásicas, y la brisa hacía allí el calor más tolerable que en mitad de la estepa. Spencer pensó que estarían a salvo si llegaban a Poti sin estorbo. En caso de que el estorbo surgiera allí,

había apenas cien kilómetros a la frontera, aparte la posibilidad de escapar por vía marítima.

Hacia las tres coincidió con Olga en el pasillo y se hablaron disimuladamente.

—Veinticinco horas desde lo de Zarubin —dijo él—. Parece mentira que no lo hayan descubierto y que nos dejen en paz.

La muchacha le daba la espalda, mirando por la ventanilla.

—No lo descubrirán, Larry. Tengo fe.

«Fe es lo único que podemos tener», pensó Spencer. Oprimió subrepticiamente la mano de la joven y regresó a su compartimiento.

El convoy atravesó el país de los cherkesses, luego la República Arjazska y entró en Georgia. Toda la tarde y el comienzo de la noche habían transcurrido sin novedad. A las treinta y seis horas y media estaban en Poti: dos y media de la madrugada.

Spencer, de pie en el pasillo, fumaba nerviosamente. Nada, nada, nada... El terrible viaje iba a terminar. ¿Sería posible?

El contingente de viajeros se había renovado con frecuencia y era ahora mucho menor. Casi todos dormían. Spencer deseaba dormir como pocas veces lo había deseado, y sin embargo se sentía incapaz...

A las tres, el tren salió de Poti y se internó en Georgia en dirección a Tiflis, aunque describiendo una pronunciada curva hacia el sur. En el punto más meridional de esta curva estaba Sukum, su destino.

Tres horas.

Dos.

Una.

Había habido cinco paradas, y en cada una de ellas acechó Spencer los movimientos y el ruido de la estación. Pero nada, nada, ¡nada! ¡La tranquilidad más absoluta remaba en aquellas poblaciones silenciosas, perdidas en las tinieblas, ocultas en la soledad de los montes!

Las inspecciones nunca dejaron de ser rutinarias. Los agentes de servicio se habían relevado cuatro veces. Los últimos limitaban su labor a asomarse a los compartimientos, y únicamente pedían el salvoconducto a los pasajeros nuevos que no se lo hubieran mostrado antes.

¡Nada!

Y Sukum, por fin.

Era casi una aldea, poblada por montañeses georgianos y armenios. El tren paraba dos minutos. Llevaba retraso. Spencer consultó su reloj, notando cómo le latía el corazón en el pecho: las seis y treinta. Empezaba el día y hacía un frío glacial. Estaban a dos mil metros de altura.

Saltó al andén y vio saltar a Olga. No se apeaba nadie más. El tren silbó y partió.

Un funcionario les miraba a través de los cristales de su oficina. El sol

doraba las próximas cumbres.

Spencer sonrió. Luego echó a andar, rodeó la estación, y allí, a espaldas del edificio principal, se le unió Olga. No se dijeron nada: él la estrechó entre sus brazos y la besó hasta quedar sin aliento.

—No podemos perder tiempo —murmuró después.

—Tenemos que llegar a Karskais y encontrar al guía. Se ve de sobra que no somos gente del país, y esto está lleno de guardias fronterizos que enseguida sospecharían.

Olga le acariciaba con ambas manos las mejillas. Estaba deshecha de cansancio, demacrado el rostro, oscuro de polvo y carbonilla la piel, pero en sus pupilas había llamas.

—¡Larry, lo conseguimos!

Spencer sacudió la cabeza.

—Todavía no. Vámonos.

Eludieron la pequeña población y tomaron un camino que se internaba entre bosques siguiendo el curso de un torrente. El aire, helado y puro, reconfortaba y, a la vez, hería como mil agujas. A lo lejos, desde el primer recodo, divisaron un pastor de cabras. Nadie más. Parecía, a poco, como si ellos fueran los únicos habitantes del universo.

Karskais estaba en la ladera soleada de un pequeño valle. Se componía de medio centenar de casas, aunque la mayor parte de sus habitantes lo habían abandonado para irse a trabajar a los pozos petrolíferos que comenzaban a explotarse al norte de Sukum, en la depresión de Aristván, vuelta de cara al Caspio.

—Ahora tenemos que exhibirnos forzosamente —dijo Spencer, cuando se pararon en el camino para contemplar la aldea—. Ese hombre vive detrás de la plaza, y hay que entrar en la población. Así, en pleno día, son muchas las probabilidades de que nos den un disgusto.

Olga replicó entre dientes:

—No, Larry, ya no dejaremos que nos lo den. ¿Para qué sirven nuestras pistolas?

Él se encogió de hombros. Se disponía a contestar: «Para que nos hagamos la ilusión de que nos defendemos mientras los guardias nos acribillan tranquilamente a balazos». Pero recordó unas palabras que Olga había pronunciado en el tren: «Tengo fe», y al responder dijo ahora:

—Eso me gusta.

En el pueblo encontraron perros, cabras, cerdos, niños, mujeres extrañamente vestidas, algunas de ellas de sorprendente hermosura, y hombres hoscos y recelosos que se detenían para verles pasar. Spencer sabía que estaban corriendo un gran riesgo, y solo le alentaba la idea de que fuera el último.

La casa que buscaban era una choza miserable. Les abrió la puerta un

armenio corpulento, de gran barba gris, que tenía un pie zambo. Se quedó pasmado, mirándoles, pestañeando, entre atemorizado y sorprendido.

—¿No me recuerdas? —preguntó Spencer.

—No.

—Entremos. Hemos de hablar.

Entraron. La choza apestaba a humo, a grasa rancia y a excrementos. El armenio, aparentemente, vivía solo y tenía instalado un taller de carpintería.

—¿Quiénes sois? —inquirió abruptamente. Hablaba el ruso tan mal que apenas se le entendía—. ¿De dónde venís?

—No te importa. Mírame bien. En cierta ocasión te pagué mil rublos para que me guiases al otro lado de la frontera, ¿recuerdas?

El armenio se inclinó hacia adelante y entornó los párpados.

—Es verdad. Te enviaba... te enviaba Zarakelian...

—Te traigo cinco mil para que ahora nos guíes a los dos.

—Zarakelian murió.

—He dicho que te traigo cinco mil rublos.

El hombre se humedeció los labios con la lengua. Semejaba estúpido, pero en realidad, la expresión de su rostro era impenetrable.

—Diez mil.

Spencer sabía que no podía regatear, ni lo necesitaba.

—Bueno. Cinco mil aquí, y el resto cuando estemos al otro lado.

—Diez mil aquí —replicó el armenio rápidamente.

—De acuerdo. ¿Cuándo saldremos?

—Cuando queráis.

—¿Hay peligro en hacer el camino de día?

El hombre sonrió: una sonrisa fugaz.

—Conmigo no hay peligro nunca.

Spencer consultó su reloj.

—Dentro de media hora, entonces. Primero nos convendría comer algo.

—¿Queréis leche?

—A ver la leche.

El armenio se dirigió al fuego que ardía en el hogar y retiró un recipiente de barro. Lo depositó sobre la mesa. No estaba muy limpio, pero contenía buena cantidad de leche caliente.

—Bebed. El dinero.

Spencer se metió la mano en el bolsillo, palpó los billetes que llevaba y, sin mostrar el resto, sacó diez de a mil. El hombre casi se le echó encima para cogerlos.

Detrás de los diez mil rublos, el americano sacó su pistola.

—Quiero que sepas una cosa y que no la olvides —dijo en tono

ominoso. El armenio contemplaba el arma con la boca abierta—Yo hago ricos a quienes me son fieles, pero mato sin vacilar a los que me traicionan. ¿Has comprendido?

Hubo un silencio.

—Sí —repuso el hombre, a media voz—. No temas, no temas... Voy a prepararlo todo en un momento. Dentro de media hora volveré.

—En el pueblo nos han visto. ¿Qué les contarás?

El armenio titubeó.

—Oh... descuida... Diré que vais en busca de trabajo a Aristván y os habéis extraviado por el camino la noche pasada. Ocurre a veces.

—Eres listo.

El hombre se rascó pensativo el estómago.

—Hermanito, si fuera listo no haría esto por diez mil rublos: los pagaría para que otros lo hicieran por mí.

Abrió la puerta y se fue renqueando.

—Comamos —dijo Spencer—. Es duro el camino hasta la frontera.

A Olga se la notaba nerviosa.

—¿Te fías de ese hombre, Larry?

Él sacó lo que quedaba de su queso y del pan.

—No tengo más remedio...

7

No tenía más remedio, ciertamente, ni estaba en su mano impedir lo que luego ocurrió. Y hubiera sido mucho peor de lo que fue si Olga, porque se sentía vagamente intranquila, no se hubiese puesto a mirar por la ventana después de beber unos sorbos de leche; pues desde la ventana vio ella cómo regresaba el armenio del pie zambo, y vio que cuatro soldados de la guardia fronteriza le seguían.

—Larry —susurró.

Spencer se hizo cargo de la situación inmediatamente.

—Maldito asqueroso —gruñó. Su primer impulso fue derribar al armenio de un tiro, pero se contuvo porque ni tiempo para ello le quedaba. Miró en torno—. Larguémonos, Olga, ¡vivo! ¡Hay otra salida ahí detrás!

La salida daba a un inmundo corral y a los corrales de las casas vecinas. Chapoteando en el estiércol, el americano y la joven se deslizaron entre las tapias. Por el momento — solo por el momento — se habían salvado; pero, apenas un minuto más tarde... ¡Spencer descubrió que se salvaba solo!

¡Olga le había abandonado! ¡No le seguía!

Miró atrás, retrocediendo unos pasos. Entonces la vio. Se resistió a creerlo: ¡volvía a casa del armenio y estaba ya cruzando de nuevo el corral!

Durante unos segundos, estupefacto, no supo qué hacer. Aquellos segundos los empleó la muchacha para introducirse en la casa por la puerta posterior. Transcurrieron dos o tres más... A continuación sonaron un disparo de fusil y un grito. Era Olga quien había gritado.

Spencer obró casi inconscientemente, sin reflexionar. Empuñó la pistola y echó a correr por el fangoso estiércol. Uno de los soldados se asomó a la puerta trasera antes de que él llegase, pero el americano sabía hacer fuego sin detenerse: le incrustó una bala en la cara. Alcanzó la puerta al tiempo que el soldado caía. Otro se hallaba detrás, uno que quiso disparar su fusil. Murió con el dedo en el gatillo.

Spencer entró como un ciclón. Aunque los dos soldados supervivientes huían por la puerta principal, el armenio, a causa de su cojera, era más lento. Escapaba el último. Debió de adivinar lo que le ocurría, pues lanzó un chillido casi como de mujer. Se lo ahogó el ronco ladrido de la automática de Spencer, y ya no chilló más. Nunca más.

Olga se hallaba tendida en el suelo, viva, arrastrándose.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó el americano—. ¿Qué has hecho?

Ella balbució:

—Mi diploma... olvidé mi diploma...

Estrujaba en su mano el pañuelo que constituía todo su equipaje. Spencer murmuró una maldición. ¡Su diploma! ¡Había regresado a la casa en busca de la muerte, solo porque olvidó su condenado diploma!

—¿Dónde es la herida?

—En la pierna. No puedo andar, Larry... ¡vete tú! ¡Vete!

Fuera rompió a sonar un silbato. También hubo un tiro, y la bala entró por la ventana y pegó en la pared.

—Sí, me iré al cuerno —gruñó Spencer.

Se inclinó para levantar a la muchacha en sus brazos. Ella lanzó un gemido. Iba a ser penoso para los dos, por supuesto, y probablemente inútil, pero no podía ni transportarla con la delicadeza que requería su estado ni abandonarla allí.

Volvió a salir y a deslizarse entre las tapias. Del lado contrario de la casa había estallado un frenético tiroteo. Cuando rebasaba ya el último de los corrales, Spencer distinguió a un cierto número de soldados que se desplegaban con gran aparato en torno a aquella. Se permitió hasta una sonrisa: ¡quedaban atrás!

Abandonó el pueblo, atravesó un sembrado y se introdujo en un bosque. Al pararse entre los árboles advirtió que Olga había perdido el conocimiento. La apretó contra sí y besó su rostro frío y suave. Su sangre le humedecía la mano. Estaba herida en un muslo; tenía, al parecer, la pierna rota, y sin duda se había desmayado a causa del dolor.

Spencer se preguntó hasta dónde llegaría con ella en brazos, en qué punto le fallarían las fuerzas. Recordaba que su anterior cruce de la frontera, guiado por el armenio, fue agotador: senderos de alimañas silvestres, riscos, puertos que parecían inaccesibles, cumbre tras cumbre, torrentes, y, la constante vigilancia para no ser sorprendidos por los guardias que patrullaban sin descanso la región. Ahora, sin guía, embarazado por el peso de la muchacha y orientándose al azar, ¿tenía alguna probabilidad de éxito? ¿La tenía con los soldados prevenidos por el tiroteo que sonaba a su espalda?

No.

Y sin embargo se puso en camino.

Fue como caminar la vida entera, o al menos esta sensación le quedó. Al final avanzaba ya automáticamente, sin ver ni oír, respirando con un dolor hondo y desgarrado, entumecidos los miembros. Esto duró horas, prácticamente todas las del día. Durante las primeras pensó incluso que Olga pesaba poco; después no se atrevió ni a dejarla en tierra y descansar, temeroso de no poder levantarla de nuevo. Mientras, subía y bajaba, subía y bajaba por los accidentes de un paisaje de pesadilla. Iba directo al sur, directo a Turquía, ¡directo a la libertad!

La muchacha recobraba a intervalos el conocimiento. Entonces suplicaba:

—Déjame, sigue tú...

Y otra vez:

—Déjame, Larry, ¡sigue tú solo!

Pero él no la escuchaba siquiera. Dejarla hubiera sido dejar una parte de su propio ser. De esto sí se daba cuenta: la quería demasiado. Descubrió que «demasiado» era la palabra exacta cuando, junto a la casa del armenio, el primer tiro y el primer grito repercutieron en su corazón.

Mediada la tarde, oyó otros tiros y otros gritos. Al pronto se figuró que soñaba con ellos, pero, desgraciadamente, no era así. Los guardias fronterizos le habían localizado: estaban en una loma, a su derecha, y corrían y disparaban con ánimo de cerrarle el paso. Era el fin, porque Spencer se encontraba ya al límite de su resistencia.

A pesar de todo, también corrió. Adelante, ¡adelante! ¡Cómo se aferraba Olga, desesperadamente, a su cuello!

Un soldado, dos, le interceptaban el camino. Se echaban el fusil a la cara. Spencer armó la pistola, se detuvo y disparó por puro instinto. Tres tiros: uno para un soldado, dos para otro. La recámara, había quedado vacía, pero era suficiente.

Se internó por un bosque de abetos y luego por un laberinto de barrancas. Le faltaba aire, la sangre le aporreaba los pulmones. No supo nada: si había escapado, si no, si huía en la buena dirección o en la equivocada. Los tiros habían cesado, esto era todo. Un telón rojo descendió, de pronto, ante su vista. Sintió que fallaba el suelo. Un golpe, otro, otro... Rodaba por una pendiente, abrazado a Olga. Cuando aquello terminó y quiso moverse, ya no pudo.

—Larry.

Abrió los ojos. Vio muy cerca el rostro de la muchacha y, encima, un trozo de cielo cuyo azul tierno y luminoso anunciaba la puesta de sol. Intentó de nuevo moverse. Lo consiguió. Comprobó que estaba ileso,

solamente desfallecido.

—Larry…

—¿Qué quieres? ¿Cómo va tú pierna?

—No importa mi pierna. Moriremos aquí. Es bueno morir a tu lado, Larry.

Él miró en derredor. Habían caído al fondo de una estrecha garganta de bordes pedregosos, desnudos. Debían llevar algún rato allí, y los guardias estarían buscándoles. Terminarían por encontrarles; era solo cuestión de tiempo.

Spencer murmuró:

—Nunca es bueno morir.

Olga apoyaba la cabeza en su hombro.

—Larry.

—¿Qué?

—Mira.

Había sacado del pañuelo su diploma y lo mostraba desplegado. Spencer leyó: «Escuela de Bibliotecarias». Sintió unas absurdas ganas de reír. De no ser por el diploma, acaso hubieran podido salvarse. Pensó que en la conducta de una mujer siempre habría algo, una última razón, un último motivo, que sería secreto e incomprensible para cualquier hombre.

Dijo:

—Es un bonito diploma.

—Larry, quiero que sepas una cosa… antes que sea tarde. He sido injusta, he sido cruel contigo. Te he engañado. Lo he hecho porque te amaba y porque no podía soportar que jugaras con mis sentimientos. Te amo desde la primera vez que me besaste… cuando dijiste que era sistema americano… Larry, ¿qué despertaste en mí? Te llamé monstruo, ¿recuerdas? Era la única expresión que se ajustaba a la fuerza y a la vida que me estabas infundiendo. Por ello… no podía consentir que intereses extraños se interpusieran entre nosotros: porque te amaba, Larry, ¿comprendes?

—No —murmuró él.

—¿Por qué has hecho tanto por mí?

—Porque te quiero.

Olga asintió.

—Sí, Larry… hemos vivido y sufrido juntos porque nos queremos, y moriremos juntos porque nos queremos, y ni siquiera la muerte podrá separamos —volvió un poco la cabeza y besó a Spencer suavemente, en la mejilla. Añadió—: Te mentí al decir que Heinrich Müller no me dio a guardar lo que tú llamas su archivo. Yo fui su mejor colaboradora. Tuve la suerte de quedar al margen al derrumbarse todo, y nadie ha sabido nunca, hasta que te lo confesé a ti, que estuvimos casados. Antes de que muriese… copié con tinta invisible la relación de personas ligadas a la organización de sabotaje del VI Ejército, que él intentaba reavivar. Juré entonces reavivarla yo, y si no lo he hecho es porque no he podido… todavía. Aquí está todo, al dorso de mi diploma. Nombres, señas, datos, ¡todo! He pretendido salvarlo para ti, Larry; para darte algo a cambio de lo mucho que te debo. Tú no te has sacrificado por lo que yo sé o por lo que yo guardo, sino por mí. Pero ahora, si llega el momento… Larry, si llega el momento, no me importará sonreír y exclamar: ¡bienvenida, muerte! aunque lo que hay en mi viejo diploma no sirva para nada…

Spencer replicó:

—¡Qué estúpido he sido! Debí suponerlo, desde el primer instante. Tú alteraste perfectamente tu salvoconducto, y si no hiciste lo mismo con el diploma fue para no borrar el texto invisible.

—Pero, ¿tú me entiendes? ¿Me entiendes ya?

—Sí —dijo él.

Y mientras lo decía descubrió que el momento de exclamar «¡bienvenida, muerte!», había llegado.

Porque un soldado había asomado la cabeza por el borde de la garganta. Y tras el primero otro, y otro. Hasta cinco.

Olga se estremeció.

—Ahí están —susurró quedamente.

Spencer pensó: «Ojalá disparen».

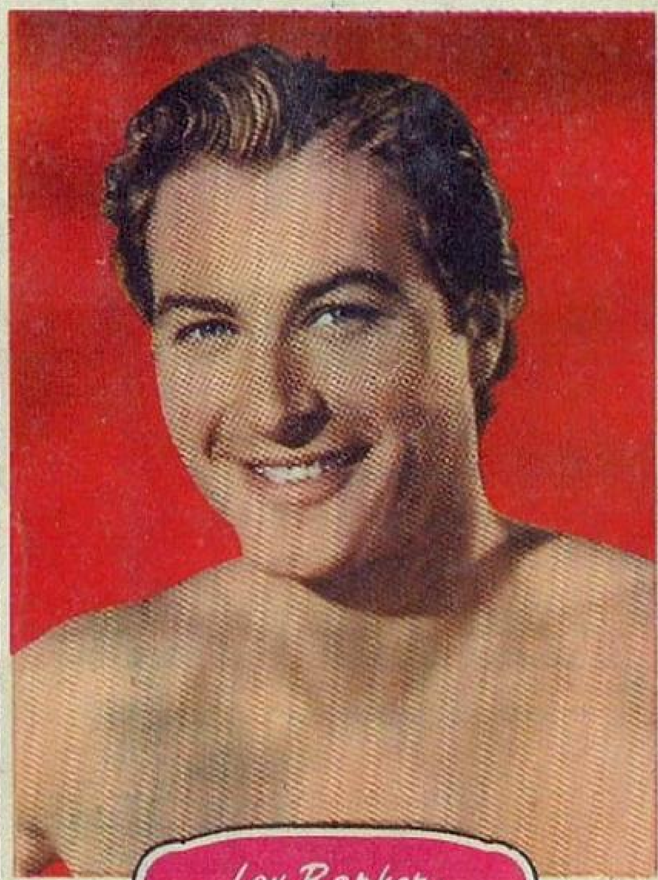
Pero no dispararon. Uno por uno comenzaron a descender a la garganta. Uno por uno, dibujados limpiamente contra el cielo.

¡Sus uniformes no eran rusos!

Ni ellos tampoco. Eran una patrulla turca. Spencer había traspuesto sin saberlo las fronteras de su libertad.

FIN

LLUVIA DE ESTRELLAS





Reemplazó a Johnny Weissmuller en el papel de Tarzán, de cuya serie lleva interpretadas varias películas para la Radio. Lex nació en Rye, Nueva York, el 8 de mayo de 1919.

Foto R.K.O. RADIO

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 5'50 ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: $3'50

{1} ¿Habla usted alemán, señorita Olga?